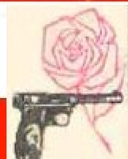


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES



LOU CARRIGAN

EL AGUA DORMIDA

El enorme ventanal permitía ver la ciudad, y a lo lejos, el mar. Ventanas cerradas herméticamente, aire acondicionado en el interior. Afuera, en el mundo, un rugir horrendo de humanidad frenética: coches, aviones, sirenas policiales, personas que gritaban, motores y ruidos de todas clases… Estrépito, violencia mal contenida, furia, prisa, rabia, desencanto, decepción, ira, odio, envidia, dinero…

Dinero.



Lou Carrigan

El agua dormida

Bolsilibros: KIAI - 4

Brigitte en acción - 499

ePub r1.2

xico_weno 25.11.17

Título original: *El agua dormida*
Lou Carrigan, 1977

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CAPÍTULO PRIMERO

El viejo *Sensei* se hallaba meditando en su jardín, sentado en postura zazen. Estaba inmóvil, tenía los ojos cerrados; se diría que no había vida en su cuerpo. Y, sin embargo, nada sería más equivocado, porque el viejo maestro, gran adepto del Zen, no podía estar más alerta, más despierto.

Oía perfectamente el rumor del agua en la fuente-lago de su hermoso jardín, el canto de los pájaros, los lejanísimos rumores del viento, del sol, de la Vida. Estaba allí, sentado con las piernas recogidas bajo el cuerpo, inmóvil; se diría que no tenía vida. Y nada sería más falso.

Porque si algo amaba el viejo maestro, era la Vida. Tenía ya muchos años, sus cabellos eran blancos como la nieve del Monte Fuji, y, ciertamente, ya no tendría quizá las fuerzas necesarias para escalar este monte, ni apoyándose en un bastón, como los peregrinos que acudían de todas partes de Japón. Pero, también él, en su momento, había escalado el Fujiyama, con gran ligereza, pleno de facultades físicas…

¡Ah, el tiempo…! Se dice que el tiempo pasa, y pasa, y pasa… Y, a juicio del viejo maestro, nada más incierto. El tiempo es inmutable, está ahí siempre igual. Pero el Hombre, el insignificante Hombre, perecedero, pasa por el tiempo a una velocidad aterradora. Hoy se tienen diez años, y luce el sol. Noventa años más tarde, ahí está el sol, que también está envejeciendo. Pero…, ¿el Tiempo? Ése no cambia nunca. Es igual de joven hoy que hace un millón de años. Pasa el Hombre, pasan las estrellas, los planetas, los soles. Todo el universo. Pero…, ¿el Tiempo? El Tiempo no pasa nunca. Simplemente, existe.

¡Pero qué hermoso es recordar todos los tiempos, y saber que siempre tenemos algo que tomar de la Vida! A los diez años, eran los juegos. A los noventa, los pensamientos, que sin duda alguna es

el más emocionante juego al alcance del hombre. No podemos jugar a todo, pero podemos pensar lo que queramos: hoy, soy un gigante que me divierto riéndome de los enanos; mañana, seré una flor, recibiendo el rocío de la mañana; pasado mañana, seré un águila, recorriendo los grandes espacios del cielo; al otro, seré un hombre que dispondrá de mil hermosas mujeres; al otro, un asceta, todo espíritu; al otro, quizá podría ser una mujer, para intentar, al menos, imaginarme qué sienten, cómo aman las mujeres, qué sensación experimentan cuando recibe al hombre…

Sensei abrió los ojos, lentamente, y suspiró. Había una sonrisa en sus labios delgados, secos como pergamino. Se puso en pie, entró en la casa, y salió a los pocos segundos, con un modernísimo grabador de cassettes a pilas, colocándoselo en bandolera por medio de la correa. Lo puso en marcha, y descendió los tres peldaños que separaban el porche trasero de su casa del jardín. Puso en marcha el mecanismo de grabación, y se acercó a una flor, asegurándose de que estaba abierto el micrófono incorporado al aparato.

—Dime, flor —tendió su mano bellamente arrugada—: ¿acaso conoces tú algo mejor que la Vida? ¿Conoces algo mejor que el sol, y el aire, y el agua, y sentir cómo tu sangre transparente circula por tu tallo, por tus pétalos…? Mira a tu alrededor, y sobre todo, mira hacia arriba. Está el cielo lleno de transparencias azules y doradas, y el viento de otoño es suave, y trae la vida. ¿Conoces algo mejor que la Vida? ¡Ah…! ¿Respondes que no, que no conoces nada mejor? Gracias, flor.

El Maestro se acercó a su fuente-lago, y sonrió a las aguas de una transparencia insuperable. Eran unas aguas frías, de una pureza magnífica.

—Agua, eres hermosa y vivificante, eres el punto de partida de toda vida. Hay agua en el cielo, en la tierra, en las flores, y hasta, en el hombre. Y si tú das vida…, ¿cómo podría preguntarte si hay algo mejor que la Vida? Puesto que estás en todas partes, lo ves todo: ves el cielo, los pájaros, las grutas, los campos sembrados, lo ves todo. Tú mejor que nadie sabes lo hermosa que es la vida, puesto que nunca mueres. Cuando la tierra se seca, es porque tú te has ido de ella a otro sitio. ¿Adónde…? Puedes haber ido al fondo de la tierra, dejando seca la de la superficie; puedes haberte evaporado, para convertirte en nube y volver a la tierra en forma de

lluvia; puedes esconderte en mil recovecos de la tierra para aparecer en determinado lugar, pero siempre eres tú misma, en una forma u otra: nube, agua, niebla, nieve, granizo, hielo… Siempre existes, y por lo tanto, debes amar la Vida. Entonces…, ¿acaso puedes pensar que hay algo mejor que la Vida? ¿Respondes que no? Gracias, agua.

El Maestro se encaminó hacia el encantador puentecillo de madera que cruzaba el diminuto riachuelo que formaba su fuente-lago. Se detuvo en el centro, tendió una mano, y un par de pajarillos fueron a posarse en los secos dedos.

—Buenos días, pájaros —sonrió luminosamente—. Yo sería un pobre tonto si os preguntase si conocéis algo mejor que la Vida. Precisamente a vosotros, que vivís de la Vida misma, bebiendo el agua, oliendo las flores, comiendo en el aire, en la Vida misma, viendo todos los soles, contemplando desde vuestra altura de silencio los mejores paisajes; vuestro diminuto corazón, que late tan rápidamente, es la Vida. ¿Y… podéis decirme qué es la Vida?

—Pirríii… ¡Pirríiii, pirríii, pirríiii! —cantaron los dos pajarillos.

La sonrisa del Maestro era pura luz.

—¿Realmente la Vida es eso? —Debió comprender la respuesta —. Es una opinión muy peculiar la vuestra, amigos míos: ¿la vida es cantar?

—¡Pirríiiiiiiii…!

—¡Ah! ¿También volar?

—¡Piiiii-rríiiiii, pirrí, pirríiiiiii…!

—¿La Vida es Vivir? Ahora sí estamos completamente de acuerdo. Y os admiro y felicito, porque vosotros vivís conforme a vuestros pensamientos. La vida es vivir, de modo que vivís. ¿Cómo vivís? Pues, simplemente, gozando de todo lo que ha sido puesto a vuestra disposición, ¿no es cierto? Lo mismo hace la flor, lo mismo hace el agua, y el viento, y las estrellas… Y eso es maravilloso. Pero ahora, escuchadme: ¿sabéis cómo vive el Hombre?

—Pirríiii…

El Maestro movió la cabeza.

—En efecto: el Hombre vive mal. Y os diré por qué: vive mal porque nunca está contento con lo que tiene, y ambiciona lo que tienen los demás. Todos ambicionan lo que tienen los demás, pero sólo los fuertes han conseguido quedarse con todo, o, por lo menos,

con lo mejor. No es justo. ¿Por qué quieren lo de los demás, si ya tienen Su Propia Vida? ¿Acaso tendrán algo mejor que su propio corazón, su propia sangre, sus propios pensamientos? Yo creo que no. Por lo tanto, debemos pensar, amigos míos, que el Hombre ha olvidado que tiene corazón, sangre y pensamientos; así pues, no puede gozar plenamente de esto, y se dedica a dificultar la vida a sus semejantes. Os voy a explicar…

—¡Pirríiiii…! —cantaron los pájaros, un instante antes de abandonar aquella mano amiga, conocida.

—¿Os vais ahora que iba a explicaros algo? Está bien, no os lo reprocho, puesto que tenéis derecho a hacerlo. Tenéis derecho a todo, especialmente, a volar. Pero yo debo contarle a alguien lo que está ocurriendo muy cerca de aquí, en Tokio… ¿Hay Alguien que me conceda su amable atención? ¿Tú, bambú? Gracias, amigo mío. Perdóname si te distraigo unos minutos del placer de vivir tu vida. ¿Sabes lo que ocurre? Verás: hay en Tokio un hombre llamado Vitali Melnikov, de nacionalidad rusa, que está reclutando hombres para atacar dos grandes petroleros japoneses, cuyos nombres todavía desconozco. Vitali Melnikov quiere apoderarse de esos dos petroleros, pero tampoco sé para qué, pues Takashi Omura no ha conseguido averiguarlo aún. Takashi es uno de mis discípulos, un muchacho algo… inquieto, aventurero, que se ha buscado complicaciones más de una vez. Sin embargo, él es bueno; no como esos otros hombres que está contratando Melnikov. Esos otros hombres son gente de poca luz, y están estropeando sus vidas dedicándose a actividades vergonzosas… Me cuenta Takashi que son ladrones, aventureros, asesinos, mercenarios; gente peligrosa, de mal vivir. ¿No te preguntas tú también, bambú, para qué quiere Vitali Melnikov ese grupo de hombres?

Pareció que el Maestro esperase una respuesta. Respuesta que, por supuesto, no se produjo, pese a la paciencia con que él esperó.

—No lo sabes —movió la cabeza, *Sensei*—. Bien: yo tampoco, pero me gustaría saberlo, porque no quisiera que el secuestro de esos dos petroleros tuviese todavía peores consecuencias que la simple violencia en sí de ese secuestro. En ese abordaje pueden morir muchas personas, pero la preocupación mía llega más lejos todavía: ¿qué se puede hacer con dos petroleros, salvo transportar petróleo? No se me ocurre. Pero debe ser algo malo… Algo que se le

ha ocurrido a Vitali Melnikov. Algo malo, sí, porque no creo que ese ruso pretenda, simplemente, robar doscientas cincuenta mil toneladas de petróleo bruto que viene del golfo Pérsico. A mí, amigo bambú, me gustaría evitar la masacre que va a significar el secuestro de los dos petroleros, y, sobre todo, que éstos sean utilizados para algo malo. Considerando que tengo al buen Takashi entre esa gente, yo podría organizar… un grupo invencible de budokas discípulos míos, que en cuestión de segundos podrían desbaratar cualquier plan que tuviese Melnikov. Pero esa clase de «solución» engendraría quizá más violencia que la que quisiera evitar, de modo que debo buscar otra solución. Dejaremos al buen Takashi que siga introducido, mezclado entre los aventureros contratados por el ruso, y buscaremos… otro sistema. Lo ideal, es recurrir a la inteligencia, como casi siempre. ¿Qué decisión inteligente puedo tomar? Veamos…

Sensei alzó la cabeza, recibiendo de lleno en el rostro la tibieza del sol otoñal. Estuvo así casi un minuto, inmóvil, con los ojos cerrados. Por fin, volvió a abrirlos, y se dirigió de nuevo al bambú:

—Veamos. Yo creo que el mejor modo de acercarse a Vitali Melnikov sería indirectamente. Solapadamente —el Maestro sonrió —. Y una vez cerca de Melnikov, intentar descubrir sus propósitos respecto a esos dos petroleros. Una vez conocidos esos propósitos podríamos tomar las decisiones pertinentes. ¿Modo de acercarse a Vitali Melnikov? A elegir, pero, me atrevo a sugerir uno: Vitali Melnikov está últimamente relacionándose con una hermosa mujer llamada Ruth Saville, una inglesa que está alojada en el Far Orient Hotel, de Tokio. Se diría que Melnikov está encaprichado con esa mujer, que, según los informes obtenidos, es una aventurera…, por no llamarla otra cosa. Me pregunto, amigo bambú, cómo se puede llamar a una mujer que vive sola, alegremente, sin trabajar en nada, sin compromiso alguno con nadie…, y que acepta favores de los hombres. No de uno, que eso sería ciertamente disculpable, sino de varios. Hombres ricos, claro está. ¿Cómo se podría definir a esa mujer? Pienso que quizá no te agradaría relacionarte con ella. Si así fuese, amigo bambú, cualquier otro sistema sería bueno para acercarse a Melnikov, y enterarnos de lo que está tramando… Y eso es todo sobre Vitali Melnikov. Gracias por tu atención, amigo bambú.

El Maestro continuó caminando lentamente por su jardín. Una bandada de palomas blancas y grises llegó a beber en su fuente-lago, y se quedó mirándolas. Después de beber, algunas se dedicaron a limpiarse, a embellecerse.

—¡Qué hermosas palomas…! El símbolo de la paz. Creo que la paz, a la que se da tanta importancia, es, a fin de cuentas, el estado natural del Hombre y de la Vida. No se debería dar importancia a la Paz, porque eso es lo natural. La guerra es lo antinatural. Con la paz, llega la felicidad, que también es natural. El Hombre ha nacido para ser feliz, no desdichado. Entonces, lo que debemos hacer es obedecer a nuestra verdadera naturaleza, y ser felices siempre, pase lo que pase. Porque lo que pasa, siempre pasa fuera de nosotros, y la felicidad está dentro, es tan nuestra como nuestro cuerpo, así que jamás podemos perderla mientras tengamos vida. Así pues, amigo, sé feliz siempre. No lo serás si sientes odio, envidia, cólera, celos… Dondequiera que estés, y hagas lo que hagas, sé feliz. Piensa en ti mismo, en la vida que late en tu corazón. Cada día, siéntate un rato a pensar en tu interior, en tu vida, en todo lo bueno que tienes para ti y que puedes compartir con los demás, como, por ejemplo, el Amor. Haz esto, y verás que nada ni nadie podrán molestarte, y verás que puedes amar todo lo bueno, y que puedes conseguir que todo sea bueno. Sí: sé feliz, dondequiera que estés y hagas lo que hagas, porque solamente tienes Tu Vida y Tu Felicidad. Si piensas en esto, solamente harás cosas buenas, y eso te proporcionará toda la felicidad que el Hombre pueda desear. Sé feliz, amigo mío, sé feliz… siempre. Feliz como las palomas. Pase lo que pase, sé feliz, controla siempre tus emociones violentas, y lo conseguirás, tarde o temprano. Sé como el agua…, como el agua dormida, bella tranquila, transparente. Así ha de estar el espíritu de todo hombre, y, en especial, el del budoka. Pase lo que pase, recuerda: mizu no kokoro… El espíritu debe estar calmado como el agua que duerme…

CAPÍTULO II

—¡Ese hijo de puta…! ¡Lo voy a matar, lo voy a triturar como si fuese… como si fuese un cerdo para hacer salchichas, lo voy a…!

Lorne Short parpadeó, y movió la cabeza con disgusto ante la excitación de su socio y amigo, Dick Merritt.

—¿Por qué no te calmas, Dick? —sugirió reposadamente.

Merritt se lo quedó mirando con ojos desorbitados. Estaban ambos en el despacho de Lorne Short, el impávido, imperturbable, inamovible Lorne Short: rubios cabellos, ojos claros, elegante, serio, inteligente, facciones enérgicas, cabellos más bien cortos, manos grandes, duras, asombrosas; 30 años de vitalidad reposando en un lujoso sillón de un lujoso despacho en el lujoso Wilshire Boulevard, de Los Angeles. El enorme ventanal permitía ver la ciudad, y a lo lejos, el mar. Ventanas cerradas herméticamente, aire acondicionado en el interior. Afuera, en el mundo, un rugir horrendo de humanidad frenética: coches, aviones, sirenas policiales, personas que gritaban, motores y ruidos de todas clases… Estrépito, violencia mal contenida, furia, prisa, rabia, desencanto, decepción, ira, odio, envidia, dinero…

Dinero.

—¿Que me calme? —Chilló Merritt—. ¡Vete a la mierda, maldita sea tu estampa! ¡Estamos hablando de un hideputa que nos ha estafado trescientos mil dólares en ese puerco negocio, y dices que me calme! ¡Lo que voy a hacer es matarlo!

Lorne Short, que por cierto, de corto no tenía nada (*Short significa corto, pequeño, reducido, en inglés*), pues medía metro ochenta y dos, asintió con un gesto.

—Está bien. Ya me dirás qué día te ejecutan.

—¿El día que…? ¡Al demonio! ¡Nadie ejecuta a nadie por matar a un cerdo!

—En mi opinión, utilizas demasiado la palabra matar. Lo cual se

hace cuando se desconoce su significado real.

—¿Qué?

—Que no es tan fácil matar a una persona. Ni siquiera a un pavo para asarlo en Navidad. Estás hablando de arrebatar la vida a una persona como si fuese algo así como romper un cristal. Y no es lo mismo, Dick. ¿Alguna vez has matado a alguien?

—¿Yo? ¡Qué tontería, claro que no!

—Entonces, antes de ir a matar a Fitzsimmons te sugiero que te entrenes adecuadamente. De lo contrario, te expones a ir matándolo a plazos, esto es, por tiempos. Y si hay algo verdaderamente horrible, estremecedor, es fallar el primer golpe y tener que dar otro y otro, y otro… Y cuando digo «golpe», me refiero también, claro está, a balazo, cuchillada, etcétera.

—¡Le cortaré la cabeza! —aulló Dick Merritt.

—Yo, en cambio, le tenía preparada una simple nota.

—¿A quién?

—A Fitzsimmons.

Ahora fue Merritt quien parpadeó.

—A ver si lo entiendo. Ese bujarrón nos ha estafado trescientos mil dólares…, ¿y tú dices que todo lo que ibas a hacer era enviarle una nota?

—Así es.

—Escucha…

—¿Por qué no lees la nota? —propuso Lorne, entregándosela.

Dick Merritt la tomó, con gesto de mala gana, y la leyó. Decía:

«Estimado Sr. Fitzsimmons: a juzgar por los últimos acontecimientos, está usted en una situación apurada. No debe preocuparse por ello, sinceramente: si necesita más dinero para salir del paso, mi socio y yo se lo prestaremos con mucho gusto. Dentro de unos días espero tomarme unas vacaciones en mi cabaña de la playa, pescando, tomando el sol, oyendo música… Está invitado, si necesita unos días de descanso, como parece indicar su comportamiento tan diferente al habitual.

El cordial saludo de siempre de Lorne Short».

Robert Merritt alzó su desorbitada mirada del papel, y la fijó en Lorne. Parecía al borde del colapso.

—Pero… ¿estás loco? ¡Prestarle más dinero a ese hijo…! Lo que tendrías que hacer es ir tú allá y partirle la cabeza con uno de esos golpes que tan bien conoces. ¡Maldita sea, hombre! ¿De qué te sirve ser no sé qué de karate?

—Pues me sirve, precisamente —rió Lorne—, para no ir a romperle la cabeza a un pobre hombre como Fitzsimmons.

—¡Pobre hombre! —Bufó Merritt—. ¡Nos ha estafado trescientos mil dólares y dices que…!

El zumbido del intercomunicador interrumpió a Merritt, que dirigió una colérica mirada al aparato. Lorne Short, simplemente, atendió la llamada de su secretaria, que estaba en el antedespacho.

—¿Sí, Margie?

—Perdone, señor Short, pero ha llegado un sobre para usted. Tiene sello de urgencia y…

—¡Escuche usted! —Se inclinó Merritt hacia el intercom—. ¿No se le dijo bien claramente que no debía pasar ningún recado mientras el señor Short y yo estuviésemos aquí?

—Sí… Sí, señor —se notó tensa la voz de Margie, que casi tartamudeaba—. Es que… Bueno, el paquetito es muy urgente, y viene de Japón. Y como el señor Short estuvo allí un tiempo, y… y a veces nos ha hablado de… de cosas de allí… Lo siento, señor Merritt.

—¿La disculpas? —Miró amablemente Lorne a su socio—. ¿Disculpas a mi secretaria por obedecer mis instrucciones?

Dick Merritt palideció. Luego, enrojeció.

—Entre todos, acabaréis conmigo —jadeó.

—El señor Merritt la disculpa, Margie —se dirigió Lorne al aparato—. Tráigame ahora mismo ese paquetito, por favor.

—Sí… Sí, señor.

A los pocos segundos, la puerta del despacho se abrió, y apareció Margie. Todo un bombón, que miró vacilante a Merritt. Éste se había dejado caer en un sillón. Desde allí, la miró hoscamente.

—Pase —gruñó—. ¡No voy a comérmela!

—Pues yo lo haría de muy buena gana —sonrió Lorne—: a fin de cuentas, Margie es un bombón formidable. Gracias, Margie… ¿Quieres enviarle esta nota al señor Fitzsimmons, por favor?

—Sí… En seguida, señor Short, en seguida…

—Gracias.

La secretaria tomó la nota, y salió del despacho, evitando mirar a Merritt, y roja de placer, pues sabía que la mirada de Lorne Short la estaba taladrando, o poco menos. Lo cual complacía un horror a Margie, pues estaba loca como mil cabras por su imperturbable jefe…

Tan imperturbable, que ni siquiera se alteró cuando, tras quitar el primer envoltorio del paquetito enviado por vía aérea, apareció el segundo envoltorio, con la señal de *Sensei*, la estrella de seis puntas, emblema de la Kuro Arashi (*Negra Tempestad, en japonés*), la organización tan peculiar de budokas que desde su retiro, dirigía el Maestro… Una estrella negra, con dos orificios en blanco para los furiosos ojos de extremos muy alzados y la boca curvada hacia abajo, en un gesto hosco, hostil y amargo.

—¿De qué se trata? —masculló Merritt.

Lorne no contestó. Deshizo el paquete, hasta que apareció la cassette. Por un instante, pareció sorprendido. Luego, simplemente, colocó la cassette en la grabadora que formaba parte de su equipo habitual de trabajo en el despacho. Un despacho desde el que Lorne Short ganaba el suficiente dinero para vivir bien, pero no para desdeñar en modo alguno trescientos mil dólares…

—¿Se puede saber qué es eso? —Alzó la voz con impertinencia Merritt.

—Estamos en ello, Dick —lo miró amablemente Lorne—. Y lo oiremos mejor si permaneces en silencio.

Merritt frunció el ceño, pero no dijo nada más. No se oía nada; hasta que, de pronto, del reproductor brotó algo parecido a un trino. Merritt miró a Short, que permanecía inmóvil, con una extraña y lejana sonrisa en los labios.

—¿Qué es eso? —No pudo contenerse Merritt.

—Un pájaro.

—¿Un qué?

—Un pájaro. Un pájaro en el jardín.

—¿En qué jardín?

—Es una lástima que no haya viento —murmuró Lorne—. Oirías su susurro entre los bambúes.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Dime, flor —brotó de pronto la suave voz, en inglés nítido,

perfecto—: ¿acaso conoces tú algo mejor que la Vida? ¿Conoces algo mejor que el sol, y el aire, y el agua, y sentir cómo tu sangre transparente…?

Cuando la grabación terminó, Lorne Short permanecía impasible, como siempre. Pero Robert Merritt aún no había conseguido cerrar la boca. Estaba tan atónito que ni siquiera reaccionó mientras Lorne Short se ponía en contacto con Margie por medio del intercom y le pedía que le reservase inmediatamente un pasaje en avión para Tokio, en el primer vuelo que saliese del aeropuerto internacional de Los Angeles. Luego, fue al armario empotrado, lo abrió, tomó sus portafolios, algunos papeles, el gabán…

—¿Qué estás haciendo? —Reaccionó por fin Merritt.

—Me voy a Tokio.

—¡Cómo que te vas a Tokio! —Se puso en pie de un salto su socio—. ¡Déjate de bromas!

—¡Adiós, Dick!

—¡Espera! ¿Qué significa todo esto? ¿Quién es ese tipo que dice todas esas tonterías, y lo del ruso, y…?

—Ese tipo es mi Maestro.

—Maestro… ¿de qué?

—De todo.

—¡De todo! ¿Qué es lo que te ha enseñado?

—Un buen Maestro, Dick, lo enseña todo. Me parece que en la actualidad no estás en condiciones de entenderlo. Cuando tú quieras realmente aprenderlo, con gusto intentaré ponerte en el camino, en el DO. Hasta la vista.

Short se acercó a la grabadora, retiró la cassette y se la guardó en un bolsillo. Estaba a punto de abrir a puerta cuando de nuevo le detuvo Merritt:

—Espera un momento… ¿Qué vas a hacer con esa cassette?

—Destruirla.

—¡Destruirla…! ¿Vas a destruir todas esas cosas que te dice tu Maestro?

—Lo único que destruiré, Dick, será una cinta grabada. Lo demás ya está dentro de mí, como otra más de las enseñanzas de *Sensei*.

—¿No podrías… dejarme esa cinta a mí?

—¿Para qué?

—Bueno… Me gustaría intentar comprender un poco mejor lo que dice ese hombre. Te prometo que destruiré la cinta esta misma noche, Lorne.

—Está bien. Cuida de todo, por favor. No sé cuánto tardaré en volver, si vuelvo.

—Debes estar loco —movió la cabeza Merritt—. ¿Qué es lo que pretendes, qué vas a hacer?

—Lo que me pide mi Maestro.

—Loco de remate. Te vas dejándolo todo en el aire, de cualquier manera…

—Ahora eres tú quien dice tonterías —sonrió Short—. Quedas tú al frente de nuestra empresa, y eso es para mí toda una garantía. Y no te preocupes por nada. Si me ocurre algo irreparable, ya sabes que puesto que no tengo familia ninguna, lo tengo todo bien arreglado para que mi parte del negocio pase a ser tuya. Todo lo tengo siempre en orden, Dick.

—¡Maldita sea mi estampa…! ¡No estaba pensando en eso!

—Lo sé, hombre. ¡Adiós!

—¿Qué hacemos con ese cerdo de Fitzsimmons?

—Ya le hemos enviado mi nota. Recuerda: mizu no kokoro… Deberías pensar seriamente en esta frase. Sayonara.

CAPÍTULO III

—*Arigato*.

El botones japonés sonrió al amable cliente recién llegado al Ondori Hotel, que no sólo hablaba más que aceptablemente el japonés, sino que era educado y daba una propina adecuada y generosa, además de las gracias.

—Si desea algo más, señor, sólo tiene que utilizar el teléfono para comunicarse con Servicios.

—Así lo haré —asintió Lorne Short.

El botones dirigió un último y veloz vistazo. Todo estaba en orden en la habitación 407. La única maleta de míster Short estaba en la banqueta, a los pies de la cama. Todo en orden.

Lorne Short quedó solo en la habitación. Se acercó a la ventana, y se quedó contemplando Tokio. Prácticamente, era cómo si todavía estuviese en Los Angeles: el mismo bullicio, el mismo rumor interminable, la misma tensión… Hacía unos dos años que no había estado en Tokio. Sí, todo el tiempo que llevaba sin ver a *Sensei*. ¿Cómo debía estar el amado Maestro? La pregunta se refería al aspecto físico, claro, porque en el psíquico era indudable que *Sensei* estaba mejor cada día. Cuando menos, hacía ya tiempo que había tenido el buen sentido de retirarse de toda actividad pública, y vivir solo y en silencio en su *ryokan* con gran y hermoso jardín, muy cerca de Tokio, pero lo bastante lejos para no sentir su influencia. Podía meditar, hablar con flores y con pájaros…, y seguir alerta, manejando serenamente su Kuro Arashi, a la que pertenecían automáticamente todos aquellos de sus alumnos que habían demostrado poseer cualidades excepcionales. Era una hermosa vida la del Maestro, meditando y ayudando a los demás siempre que podía…

Desde el cuarto piso del Ondori Hotel, Lorne Short veía extenderse Tokio ante él. Estaba en la Avenida Kuramae, en el

distrito de Taito. Desde allí podía ver la Catedral Nicolai, y las universidades de Chuo y Meiji, al otro lado del río. Más lejos, los jardines del Palacio Imperial ponían una nota de vida en la jungla de asfalto japonesa… ¡Qué diferente era Tokio de cómo debía haberla conocido el Maestro! En realidad, cualquier ciudad sufre transformaciones, con el tiempo, y si el Maestro tenía setenta años, ése es tiempo para que haya muchos cambios, realmente. ¿O tenía ochenta? ¿O cien?

Lorne Short movió la cabeza, y sonrió.

«Tiene los suficientes para que su sabiduría resulte beneficiosa a sus semejantes».

Estaba a punto de encender un cigarrillo cuando percibió el sonido tras él. Un sonido deslizante y breve. Cuando se volvió hacia la puerta, todavía pudo ver en movimiento el sobre que acababan de echar por debajo. No se apresuró, ni corrió para ver quién había introducido el sobre. Simplemente, fue allá, lo recogió, y regresó ante la ventana, desistiendo ya de encender el cigarrillo.

«A eso le llamo yo trabajar de prisa», pensó, sonriente.

Del sobre sacó unas cuantas fotografías, en colores. La más simpática de ellas correspondía a un japonés sonriente, de expresión maliciosa; debía tener alrededor de treinta años, y aunque parecía un ser simple y despreocupado, Lorne captó en el acto un detalle ya suficientemente para él: el bien musculado cuello. Las otras fotografías eran de un hombre y una mujer. El hombre era alto, y parecía muy fuerte. Pelirrojo, pecoso, de cejas espesas, mirada penetrante, ojos grises; entre treinta y cinco y cuarenta años. La mujer…

La mujer dejó petrificado a Lorne Short. Debía tener unos veinticinco años, alta, esbelta, de figura espléndida, magnífica. También ella tenía los cabellos rojos, brillantes, largos. Los ojos eran verdes, grandes, vivos, alegres. La boca, grande y roja, los labios llenos, sonrientes. Para Lorne Short, que ciertamente no se había pasado la vida en un monasterio, aquella visión fue todo un tremendo impacto sensual, que por unos segundos pareció bombear su sangre a toda presión, al límite. Cerró los ojos, aspiró profundamente, y estuvo así unos segundos.

Luego, más sosegado, volvió a dedicar su atención a las fotografías. En definitiva, tanto Vitali Melnikov como Ruth Saville

eran dos bellos ejemplares humanos, jóvenes, llenos de salud y de vida. Sobre todo, ella. Ya con pleno control, pero siempre impresionado, Lorne volvió a mirar a Ruth Saville en las distintas fotografías. Era tan espléndidamente hermosa que parecía ir a salir de la fotografía de un momento a otro, sonriente, brillantes sus increíbles ojos verdes, palpitantes sus senos altos y firmes, que parecían vibrar…

—Bueno —murmuró Lorne Short—, en realidad, esto va a simplificar las cosas…

CAPÍTULO IV

—Es absurdo que estés gastando dinero en un hotel, pudiendo vivir gratis —dijo Vitali Melnikov—. Todo lo que tienes que hacer es recoger tu equipaje y venirte conmigo a vivir cómodamente en mi chalé.

Por encima de la copa de martini, Ruth Saville contempló con evidente simpatía al ruso; pero, acto seguido, movió negativamente la cabeza.

—Gracias, Vitali, pero no. Prefiero la independencia. De todos modos, no tengo inconveniente en visitar tu chalé junto a la playa, tal como ya hemos convenido. Pero, por favor, no insistas en pedirme que vaya a vivir contigo.

—¿Cuál sería la diferencia? —Sonrió Melnikov.

—La diferencia sería mucha para mí. He conocido a varios hombres, con los que me he relacionado por comodidad o conveniencia, pero te aseguro que ninguno de ellos habría sido capaz de llenar mi vida.

—¿Ni siquiera yo?

—Me parece que no —sonrió Ruth Saville.

—No te lo tomes a mal, Ruth —sonrió a su vez, de nuevo, el soviético—, pero me parece que, teniendo en cuenta tu clase de vida, estás siendo demasiado exigente con respecto al hombre que pueda llenar tu vida.

Ruth Saville se quedó mirando atentamente a Melnikov. Por fin, hizo un gesto de resignación.

—Siempre ha sido una cuestión mental la que me ha impedido encontrar a ese hombre —murmuró—. Podemos marcharnos cuando gustes.

Terminó el martini. Estaban en el bar del Far Orient Hotel, adonde Melnikov había pasado a recogerla, con su formidable «Toyota», que esperaba fuera, con un hombre al volante y otro en

plan de ayudante. Más claro: guardaespaldas, por si surgían inconvenientes.

Melnikov esperó a que Ruth dejase la copa sobre la mesa; se puso en pie, y retiró la silla. Cuando Ruth se puso en pie, las miradas de los hombres convergieron en el acto en ella. Sentada, ya era centro de atracción, pero de pie era un auténtico espectáculo de belleza femenina. Ruth Saville no sólo era espléndida, sino que tenía ese indefinible halo femenino que le sugiere al hombre olores de hembra. Era todo un impacto visual para cualquier hombre, pero aún producía más impacto aquella sensación interior.

Cruzaron el vestíbulo del hotel en las mismas condiciones de expectación hacia Ruth. Por fortuna, era un hotel más bien elegante, y la clientela tenía buenos modales y discreción garantizada. Podían hacer cualquier puercada, pero con elegancia y discreción.

Salieron a la Calle Quince, donde estaba el hotel, en el distrito Minato. Muy cerca de allí, estaba el famoso Parque Shiba, donde se alzaba hacia el cielo la Torre de Tokio, bellamente iluminada…

—En definitiva —refunfuñó Melnikov—, que tampoco esta vez te he convencido para que abandones el hotel y te instales en mi casa.

—Ya ves que no.

—Bueno, pienso que…

—Hermano: ¿compartirías tu pan conmigo? —dijo alguien en inglés.

Melnikov se quedó mirando al sujeto que acababa de aparecer ante él y Ruth, sonriendo, mirando más a Ruth que a él. Un tipo alto, rubio, de ojos claros, que vestía viejos pantalones de pana, un jersey oscuro, zapatos deportivos… Lo último que quería Vitali Melnikov en sus actuales circunstancias, era complicaciones, así que dijo:

—Seguro que sí, hermano. Y ahora, déjenos pas…

—Pienso que si compartirías tu pan, también compartirías tu carne —rió el rubio; adelantó las dos manos a la vez, y apretó los pechos de Ruth Saville, que respingó—. ¡Moc, moc, pasajeros al barco! ¡Buen par de boyas!

Ruth Saville había retrocedido, muy alterada. Melnikov había palidecido, y estaba paralizado de sorpresa y desconcierto… En

cambio, su chófer y el ayudante, que habían presenciado lo ocurrido, estaban saliendo ya del coche a toda prisa, blandiendo el primero una llave inglesa. Ciertamente, no parecía que la cuestión fuese a resolverse por medio del diálogo amistoso.

—¡No se preocupe, señor! —Gruñó el chófer—. ¡Este golfo va de aquí al hospital, ahora mismo…!

La intención era ésa, desde luego, así que lanzó un golpe con la llave inglesa que, sin duda, habría enviado al hospital al golfo rubio, de haberle alcanzado. Pero, no le alcanzó. El golpe pasó silbando donde un instante había estado el rubio… Ahora, estaba a la derecha del desequilibrado chófer, que, vencido por el impulso del golpe, parecía a punto de caer hacia delante.

No cayó hacia delante, sino que salió disparado hacia su izquierda, girando y lanzando un aullido cuando el puño derecho del rubio impactó en su barbilla, de lado. El crujido de la mandíbula no pudo ser más revelador, desde luego, y el chófer no se levantó.

El rubio había girado, dando frente al ayudante, cerrando los puños y colocándolos ante su rostro. No como lo haría un boxeador, sino con las palmas vueltas hacia él, los codos pegados al cuerpo. Cambió en el acto de postura, adelantando el brazo izquierdo y colocando la palma hacia abajo; el brazo derecho, todavía pegado al cuerpo, y con la palma hacia arriba, retrocedió un poco, antes de salir disparado hacia adelante, girando de modo que también la palma quedó hacia abajo.

El ayudante del chófer recibió el golpe en el centro del pecho al mismo tiempo que un sonido brotaba de la boca del rubio:

—¡Koíiiiii…!

El hombre salió disparado contra el coche, rebotó, y cayó de bruces, quedando inmóvil, mientras el rubio, todavía vibrando en el aire su «kiai», su grito con el que había brotado del interior de su cuerpo toda su energía vital, giraba, dando cara a Melnikov y adoptando de nuevo la guardia kamae, para pasar inmediatamente a la posición zenkutsu, una pierna más adelantada que otra, un brazo más adelantado que otro, un puño con la palma hacia abajo, otro con la palma hacia arriba… Ruth Saville se llevó ambas manos a la boca, intentando contener el grito de espanto al comprender que el rubio estaba ahora apuntando a Melnikov, listo para descargar un nuevo *tsuki*.

—¡Espere! —Gritó Melnikov—. ¡No siga!

El rubio controló perfectamente su acción iniciada, y regresó a kamae, mientras sus claros ojos contemplaban con expresión expectante, desconcertada, a Melnikov, que señaló al ayudante del chófer.

—Ayúdeme a colocarlo en el coche, ¡pronto! Vamos, reaccione… ¿Quiere que intervenga la policía?

El rubio parpadeó. No parecía que la policía fuese a llegar precisamente en aquel momento, pero aún menos pareció gustarle al rubio aquella posibilidad. Por otra parte, había ya bastante gente que los contemplaba, a distancia, inescrutables sus rostros. Sí, la policía podía llegar en cualquier momento.

La decisión del rubio fue relajarse y comenzar a alejarse rápidamente, tras una centelleante mirada a Ruth Saville, que todavía tenía las manos ante la boca.

—¡No sé vaya! —Le gritó Melnikov—. ¡Tengo una oferta que hacerle! ¡Venga a ayudarme!

El rubio frunció el ceño, vaciló, pareció dispuesto a irse… Dio de pronto media vuelta, regresó, agarró al ayudante del chófer por la ropa como si fuese un fardo, y lo metió dentro del coche, en el asiento de atrás. Ayudó a Melnikov a colocar al chófer también en la parte de atrás, y acto seguido tendió la mano hacia el ruso.

—Venga la pasta.

—No se trata de eso —movió la cabeza Melnikov—, sino de un trabajo en serio y bien pagado. Diez mil dólares en quince días.

El rubio quedó un instante atónito. Luego, sonrió.

—¿A quién hay que matar? —Hizo la vieja pregunta chistosa.

—Yo le diré a quién y cuándo. Entre en el coche. ¡Vamos, entre!

Tras breve vacilación, el rubio entró en el «Toyota». Vitali Melnikov se acercó a Ruth Saville la tomó del brazo, y la llevó hacia el vehículo. Ella se acomodó en el asiento delantero, y Melnikov pasó al volante. El coche partió. La distracción para los transeúntes había terminado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Melnikov, atento a la marcha del coche.

—Hiro Hito.

—Estoy hablando en serio —farfulló el ruso.

—¿Y también hablaba en serio cuando ha dicho que me pagaría

diez mil dólares en quince días?

—Desde luego, si esos dos golpes que he visto no han sido una casualidad.

—Si quiere le hago la tercera demostración.

—No —rió Melnikov—. ¿Le interesa esa suma?

—Lorne Short —masculló el rubio—. Ése es mi nombre. El verdadero.

—Ya, ya —asintió Vitali Melnikov—. ¿Karateka?

—No. Soy bordadora.

De nuevo rió el ruso. Ruth Saville se volvió en el asiento y se quedó mirando con expresión todavía asustada al hombre que, con dos golpes, había dejado fuera de combate a dos hombres, sin la menor dificultad, sin darle importancia. Lorne Short le guiñó un ojo, le señaló el pecho, y sacó la lengua, relamiéndose. Ruth Saville enrojeció, y se volvió de nuevo hacia delante.

—No me diga que, además, habla japonés —inquirió Melnikov.

—Mejor que usted el inglés. ¿Qué es usted? ¿Chino?

—Ruso.

—Mal asunto. Yo soy americano.

—¿Eso significa que no quiere ganar mis diez mil dólares?

—Hombre, váyase a…

—Tómelo con calma. ¿Tiene alojamiento?

—Seguro que sí: lléveme al Palacio Imperial. Deben estar esperándome para la cena hace ya rato.

—¿Le es igual un bungalow en la playa?

—¿Hay comida?

—Toda la que quiera. Y de la buena.

—¿Mujeres?

—Ni mujeres ni bebida —movió la cabeza el ruso—. Estoy contratando personal, le pago bien, le alimento bien, y quiero que hagan bien el trabajo. Después, pueden alquilar cien chicas y beber todo lo que quieran. Antes, no. ¿Lo entiende, Short?

—Sí. Debe ser un trabajo serio…, o cuando menos, importante. ¿De qué se trata?

—Hay dos petroleros japoneses que están a punto de llegar a la bahía de Tokio. Aún no sé cuándo, exactamente. Nosotros debemos apoderamos de esos dos petroleros antes de que lleguen.

—Está hablando en serio, claro.

—Claro.

—¿Y para qué quiere usted dos petroleros? ¿Se le ha terminado la gasolina del encendedor?

—Algo así. ¿Tiene usted armas?

—No.

—Arreglaremos eso. ¿Está fichado?

—No.

—No hablo sólo de Estados Unidos, sino de aquí, de Japón.

—No.

—¿Ha matado a alguien alguna vez?

—Oiga, amigo: ¿alguna vez ha tenido usted blenorragia?

Ruth Saville volvió a respingar, y se volvió para contemplar de nuevo a Lorne Short con los ojos muy abiertos. Melnikov reía otra vez.

—¿Por qué pregunta eso, Short?

—Porque yo también tengo derecho a hacer preguntas indiscretas, ¿no le parece?

—De acuerdo, no haré más preguntas. Mi nombre es Melnikov. Señor Melnikov.

—Comprendo. Oiga, la tía ésta me está mirando de un modo… Me parece que le gusto. Supongo que no es su esposa.

—No.

—Bueno, entonces me voy a liar con ella esta misma noche.

—Short: no se ponga nervioso. La señorita Saville es cosa mía exclusivamente. Recuerde lo que hemos hablado: nada de mujeres, ni de alcohol.

—Creí que lo decía en sentido general, o sea, de juergas y así. Pero si las cosas se hacen discretamente…

—Vamos, no se pase de bromista: tiene que haber entendido claramente que la señorita Saville es cosa mía. Cambiemos de tema.

—Bueno, pues que ella deje de mirarme… Me está poniendo cachondo, ¡qué jorobas…! Oiga —chascó dos dedos ante el pasmado rostro de Ruth—, despierte, o le meto mano. ¿Comprende? Tengamos la fiesta en paz de una vez, denme mis diez mil pavos, y sigan con sus asuntos sexuales. ¿Correcto?

—Ésa es la idea —dijo Melnikov—. Será mejor que dejes de… poner en el disparadero a Short, Ruth, querida. Usted ayudaría mucho si alejase determinadas ideas de su cabeza, Short.

—La única idea que tengo ahora en la cabeza es atiborrarme como una bestia de esa buena comida que dice usted tener…, señor Melnikov. ¿Y el dinero?

—No va a necesitar dinero hasta que todo termine. Entonces lo cobrará todo, en moneda americana, al contado. Antes, ni un centavo. Tómelo o déjelo.

—Lo tomo.

—Dentro de veinte minutos, estará comiendo.

—Okay. Oiga, señor Melnikov: ¿para quién está usted trabajando?

—Para mí.

—Vamos… ¿Para qué puede querer usted dos petroleros?

—Para guardar mis juguetes —replicó el ruso.

—¿Para guard…? ¡Oiga, eso ha estado bueno! ¡Muy bueno! ¡Y además, me lo he estado mereciendo todo el rato, ¿verdad?!

—Verdad. No se complique la vida, Short. Coma duerma, y espere el momento de la acción. Eso es todo.

CAPÍTULO V

El coche se detuvo delante de una hermosa casa. Frente a ella, a poca distancia, se veía el brillo del mar reflejando la luna menguante. Y, recortándose en la luz lunar y su reflejo en las aguas, Lorne Short distinguió perfectamente la silueta de una lancha grande.

Esto fue todo lo que vio antes de que el coche se detuviese. Luego, ayudó a salir del vehículo al chófer y su ayudante, que habían recobrado el conocimiento durante el trayecto. El chófer tenía la mandíbula rota, desde luego. Su ayudante, dos costillas hundidas, rotas también. Los dos contemplaban huraňamente a Lorne Short, pero comprendieron en seguida la situación, y Lorne supo que ellos esperarían su momento para vengarse. Conocía bien aquella clase de personas…

—Usted vaya hacia allí —señaló Melnikov—, y diga que está contratado. Minoru y Kao Yam se quedan en la casa, pues voy a hacer venir a un médico.

Lorne asintió, y se volvió a mirar el lugar señalado por el ruso. Era el bungalow, también cerca de la playa, pero alejado de la casa, siguiendo la costa unos doscientos metros. Su forma era inconfundible a la luz.

—Está bien. ¿Todos los hombres que ha contratado son asiáticos?

—No. Hay de todo. Ya los verá.

Lorne asintió, dirigió una mirada de reojo a Ruth Saville, y se encaminó hacia el bungalow. Sabía perfectamente que estaba cerca de Kawasaki. A su espalda, la intensa iluminación de Tokio, a su izquierda, la bahía llena de luces de embarcaciones pequeñas y grandes. Podía ver perfectamente. Y cuando estuvo cerca del bungalow, la iluminación de las ventanas aún le facilitó más la visión. La visión de nada, pues nada había por ver. La playa, el

bungalow, y detrás de éste la tierra firme, con algo de vegetación. Todo lo que había visto era una lancha. ¿Pensaban atacar dos petroleros con una lancha?

Delante del bungalow, junto a la puerta, había dos hombres, sentados en el suelo, silenciosos. Alzaron la cabeza, y se quedaron mirando a Short, que señaló con el pulgar por encima del hombro.

—El señor Melnikov me ha contratado. Quiero comer.

Sus palabras, en inglés, no obtuvieron respuesta, así que dijo lo mismo en japonés. Uno de los sujetos, asintió, y señaló la puerta.

—Senji está dentro. Él te dará de comer.

Entro en el bungalow. Era, simplemente, un gran dormitorio. Había un pasillo central, a ambos lados del cual se apilaban un total de no menos de cuarenta literas. En muchas de ellas, sus ocupantes se dedicaban a firmar, o miraban revistas. Entre dos hileras había un grupo más ruidoso, jugando a los dados. Todos volvieron la cabeza hacia él, y luego continuaron jugando. Lorne caminó por el pasillo, mirando con indiferencia a ambos lados. En efecto, no sólo había japoneses y coreanos, sino blancos. No tuvo la menor duda respecto a que dos de éstos eran americanos. Le pareció que también había un ruso. Un par de holandeses, un británico, un francés, un alemán… Claro que podía equivocarse, pero no lo creía. Había chinos también. Malayos, un hindú… Era la más variada concentración de diferentes razas que había visto nunca en tan reducido espacio.

Al fondo había una puerta, y sólo por el olor que percibió cuando estuvo más cerca de ella, comprendió que era la cocina. Así de sencillo: una cocina y un dormitorio donde, por el momento, debía haber veinticinco o treinta hombres…, entre los cuales no vio a Takashi Omura. ¿Ya no estaba allí? ¿Le había ocurrido algo? La posibilidad de que la foto recibida en el hotel no fuese la de Omura, o sea, que existiese una equivocación, no le pareció probable. *Sensei* amaba a todos sus discípulos, pero sabía quiénes eran aptos para una cosa, y quiénes no. Si había utilizado a uno para tomar fotos y llevárselas a él, es que esas fotos eran las correctas…

Entró en la cocina. A la derecha vio a Senji. Tenía que ser él, porque no había nadie más. Senji era un japonés de casi metro ochenta, gordo hasta lo increíble, calvo como una serpiente, de manos enormes, dedicadas en aquel momento a terminar de limpiar

un montón de platos. En su rostro que parecía un globo, sin forma alguna, se hundían dos ojillos negros como la muerte.

—El señor Melnikov me ha contratado. Quisiera comer, Senji.

El japonés parpadeó, o algo parecido, ya que sus ojos desaparecieron tres o cuatro veces bajo el montón de carne grasienta.

—Hablas bien el japonés… ¿americano?

—Sí. ¿No nos conocemos tú y yo de Guadalcanal?

De nuevo parpadeó Senji. De pronto, se echó a reír, se limpió las manos, y sirvió comida a Lorne, que ocupó una de las sillas ante la larga mesa. Olía a pescado… ¡Maldita sea!; ¿por qué los japoneses son tan aficionados al pescado? Respuesta que se dio Lorne Short a sí mismo: porque con un país tan pequeño, no disponen de espacio para criar muchas vacas, y en cambio el mar es enorme.

—Cuando lo de Guadalcanal —dijo, de pronto, Senji—, quizá tú ni siquiera habías nacido, yanqui.

—Me llamo Short. ¿Cuánto pesas, Senji? Y dímelo en libras, por favor.

—En libras… Mmm… Trescientas libras (*Aproximadamente, 140 kilogramos*).

—Bueno —farfulló Lorne, con la boca llena de comida—, ya sabemos de cuánta carne disponemos si naufragamos yendo contigo. ¿Tú también vendrás a por los petroleros?

—Yo sólo cocino. ¿Te gusta?

—¿Cómo ha de gustarme esta puñetera mierda? Pero mi estómago no tiene ojos, ni paladar, así que ahí va eso. Tengo…

La puerta de la cocina se abrió, y entró Takashi Omura. Miró a Short con indiferencia, y fue a sentarse en otra silla. Senji le miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres tú? —gruñó.

—Quiero que mañana hagas comida especial para mí Senji —dijo Takashi—. No me siento muy bien hoy. ¿Lo tendrás en cuenta?

—¿Qué clase de comida?

—Tú verás… ¿Eres americano? —Volvió la cabeza Takashi hacia Lorne.

—Sí.

—Yo hablo un poco inglés —sonrió el japonés—. ¿Se me entiende?

—Sí.

—Me parece estupendo. Hace un instante ha llegado uno de los sirvientes de la casa, diciendo que te has cargado a Minoru y Kao Yam. Los dos tienen muy buenos amigos aquí. Te van a llevar afuera para romperte unos cuantos huesos.

—No deberías avisarme delante del cocinero, Takashi.

—Esta vaca no caza ni una palabra en inglés. ¿Necesitas ayuda?

—No.

—Piénsalo bien. Van a ser seis o siete.

—No.

—Bien… —Omura se puso en pie—. Diré que sólo hemos hablado de la comida, porque tú te has alarmado al oír que no me encuentro bien. Buena suerte.

Senji, que iba mirando de uno a otro, clavó la mirada en Takashi hasta que éste hubo salido. Entonces miró a Lorne.

—¿Qué habéis hablado? —preguntó.

—Tu madre, si te importa —farfulló Lorne—. Pero te diré una cosa: si a mí me envenenas con tu comida, como le ha pasado a ese muchacho, te partiré el cuello. ¿Lo entiendes?

—Sí —sonrió Senji—. ¿Quieres probar ahora a partirme el cuello, yanqui?

Lorne Short miró cómicamente al japonés de arriba a abajo.

—Será mejor que lo dejemos para otra ocasión. Después de comer no me gusta pelear.

Senji sonrió socarronamente, y regresó su atención a los platos sucios. Lorne se dedicó a comer, despacio, tranquilo, como si ignorase lo que iba a ocurrir dentro de poco. Cuando terminó, muy pronto, ya que no comió más que lo suficiente para justificar un cierto apetito, Senji estaba esperando para limpiar su plato y los cubiertos. Lorne se despidió con un gesto, y salió de la cocina, bostezando.

Ahora sí vio dónde estaba Takashi, en una litera inferior, a la izquierda de la cocina. Por eso no lo había visto antes. Se encaramó a la última litera de una hilera, se tumbó en ella, y cerró los ojos. Estaba notando el denso silencio dentro del bungalow que más parecía un barracón para tropa. Ya no se jugaba a los dados. No se oía nada. Absolutamente nada. La perspectiva, desde luego, no era nada agradable, pero Lorne Short se controló, se mantuvo sereno…

El espíritu calmado como el agua que duerme: mizu no kokoro.

Algo tocó a Lorne en un costado. Abrió los ojos, volvió la cabeza, y vio el rostro de un japonés junto a él; estaba subido a la hilera de literas.

—¿Qué pasa? —masculló Lorne, en japonés.

—El señor Melnikov dice que quiere verte —dijo el japonés en inglés—. Quiere que vayas ahora.

—Vaya, hombre, ¡maldita sea…! Está bien, ya voy.

El japonés sonrió, descendió de la litera, y fue a tenderse en otra. Lorne bajó al pasillo, y se dirigió hacia la puerta, refunfuñando. Salió, al parecer distraído, tranquilo, pero atento a todo… Nadie saltó sobre él. Pero, seis hombres le esperaban delante del bungalow, formando un semicírculo.

—¿Qué pasa? —Se «sorprendió» Lorne.

—Sigue caminando.

La voz llegó de atrás. Era el japonés, que ahora le apoyaba en la espalda un cuchillo.

—¿Qué demonios es esto?

—Camina.

El americano se pasó la lengua por los labios, vaciló…, y caminó, hacia el centro del semicírculo. Inmediatamente, éste comenzó a cerrarse por los extremos, visible la intención de los rufianes de convertirlo en un círculo completo dentro del cual quedaría Lorne…, para ser pasado como una pelota de uno a otro.

También conocía aquella clase de palizas, y sabía perfectamente que podían resultar incluso mortales. Sólo había que pasarse un poquito en los golpes, y el pobrecillo atrapado en el círculo moría antes de que los otros se diesen cuenta…

—¡Shú-u-uuuuú…! —Lanzó su «kiai» el primero en atacar a Lorne, saltando en el aire como si fuese de goma.

Su pie derecho salió disparado, en escalofriante Ap Chagui de Tae Kwon Do. La respuesta de Lorne Short fue fulminante. En verdad y realmente fulminante: paró con el brazo izquierdo en alto, Age Uke, y, simultáneamente, disparó su puño derecho hacia el aparato genital del coreano, en tremendo ura *tsuki*. El coreano lanzó un berrido, giró en el aire, y cayó de cabeza, ya muerto…, mientras Lorne se volvía, paraba un Mae Tobi Geri de karate, peligroso puntapié dirigido también a sus genitales, y disparaba su mano

izquierda, en shuto lateral: el canto de la mano acertó al japonés atacante en un lado del cuello, justo debajo de la oreja. El hombre cayó de lado, como fulminado por un rayo, y ya no se movió.

Lorne Short sí se movía. Era un rayo entre un grupo de nubes, tal era su velocidad y tal era la lentitud de los otros, pillados por sorpresa ante aquella reacción que apenas duraba dos segundos… Sí, Lorne se movía. Efectuó un velocísimo giro en perfecto taisabaki, y descargó un espantoso uskiro ate, un codazo hacia atrás que acertó de lleno a otro japonés en el vientre, y lo reventó; el hombre, sencillamente, cayó hacia atrás, expulsando una enorme bocanada de sangre…

En ese mismo instante, otro coreano le caía a Lorne encima, por la espalda, con los dos pies juntos, en fortísimo y elevado salto, modumbal ap chaqui. El impacto fue tan fuerte que Lorne cayó de rodillas. Inmediatamente, un japonés saltó hacia él, alzó el codo, apretó el puño, y descargó el codazo en la espalda. El violentísimo kato ate derribó de bruces a Lorne, que sentía como si su espalda acabase de partirse. No tenía aliento, todo era completamente negro…

Pese a esto, tuvo el instinto de girar en el suelo, con lo que evitó un puntapié bajo que le habría destrozado la cara. Se puso de rodillas, y lanzó un ronco gemido cuando un brazo fortísimo le agarró por el cuello, iniciando una estrangulación de judo, la *hadaka jime*. Golpeó con la cabeza hacia atrás, como pudo, alzó los brazos, asió por la ropa de los hombros a este adversario, y se inclinó con fuerza hacia delante… E] hombre cayó ante él, lanzando un grito. Lorne cerró el puño derecho, y aplicó un seco tettsui en el entrecejo del japonés. Al mismo tiempo que el japonés moría en el acto, con la frente hendida, el americano recibía un puntapié que le alcanzó de lleno en la barbilla, derribándolo de espaldas.

En pocos segundos, había matado a tres hombres. Ahora, quedaban tres, más el del cuchillo…, y él estaba caído de espaldas en el suelo, con la cabeza llena de zumbidos y los ojos de luces de colores. Recibió el puntapié en el costado, y lanzó un alarido. Unas manos lo agarraron, tiraron de él… Al mismo tiempo que recibía el *tsuki* en el estómago, Lorne veía el rostro del rufián ante el suyo.

No lo pensó ni un instante.

Alzó su mano derecha, la colocó como si fuese a coger algo utilizando los cinco dedos, y descargó el *kuchi-bashi,* o vulgarmente, el «picotazo de la serpiente». Ante él, uno de los ojos de su agresor reventó, como un grano de uva. Acto seguido, oyendo perfectamente el prolongado alarido de dolor, el tremolante lamento del hombre que acababa de perder un ojo, Lorne disparó sus codos hacia los lados, en busca de enemigos. Falló en ambos lados, y, en cambio, recibió un Dollio Chagui en pleno rostro; la patada semicircular le partió el labio inferior, y lo empujó hacia atrás, trastabillando varios pasos, hasta caer de espaldas… Como en sueños, vio abalanzarse hacia él a otro hombre… Flexionó las piernas, lo recibió con las plantas de los pies en el bajo vientre, y tras seguir el propio impulso del hombre por encima de él, distendió las piernas, en una variedad de tomoe nage de judo que llevó al rufián en pleno vuelo hasta tres metros más allá, donde rodó por el suelo.

Lorne Short se puso en pie. Ni siquiera sabía dónde estaba, ni prácticamente, quién era. En aquel momento, aunque todavía no podía comprenderlo, estaban aflorando sus conocimientos, estaba obteniendo los frutos de los durísimos entrenamientos aconsejados por *Sensei.* En aquel momento, era sólo una máquina que sabía «trabajar» adecuadamente, responder a todos los impulsos, reaccionar con toda exactitud…

La visión se aclaró de pronto. Ante él, algo zumbaba… Lo vio perfectamente. El rufián estaba volteando un «*nunchaku*» de tres piezas, sujetas por una cadena. El arma silbaba con fuerza, giraba, giraba, giraba, cada vez más cerca de Lorne Short, que comenzó a retroceder…, hasta que su espalda chocó con la pared del bungalow. Comprendió en el acto que si mantenía aquella actitud el «*nunchaku*» lo iba a pulverizar, acorralado contra la pared.

¡

FIU-FIU

,

fiu-fiu

,

fiu-fiu

…!, silbaba el «*nunchaku*», ya a punto de soltar su primer trallazo.

Lorne Short llenó de aire su vientre, su saika tanden, y se

dispuso a saltar. Lo hizo, lateralmente, lanzando al aire su grito, toda su energía vital, su «kiai»:

—¡KOOOíííiiiiiii…!

¡Zúuuuummmmmm!, pasó silbando el «*nunchaku*» por debajo de sus flexionadas piernas, en aquel momento a casi dos metros del rufián del «*nunchaku*». El hombre cayó hacia atrás, mientras Lorne caía al suelo a cuatro pies, como un gato y se erguía en el acto, adoptando la posición ken zutsu, dispuesto a golpear lo que fuese y como fuese.

Fue el japonés del cuchillo.

Tras los momentos de incredulidad, se decidió a utilizarlo. Para su desgracia, Lorne Short era en aquellos momentos un mecanismo admirable, el logro de años de entrenamiento, la consecuencia de la comprensión total de la auténtica lucha directa, personal… No rehuyó la pelea, ni el contacto siquiera. Por el contrario, para pasmo de casi todos los que asistían a la pelea, se acercó más al japonés, paró el golpe con el cuchillo en perfecto soto uke con el brazo izquierdo, y lanzó un tremendo *tsuki* que alcanzó al japonés en el centro del pecho, lo alzó como si fuese un pelele de paja, y lo derribó casi tres metros más allá, donde quedó inmóvil.

Un nuevo y veloz taisabaki orientó de nuevo a Lorne hacia el del «*nunchaku*»…, pero también éste permanecía inmóvil en el suelo. Durante unos segundos, Lorne Short permaneció inmóvil, en guardia, levemente alterada la respiración. Por fin, tras apretar los puños y pasar por la postura kamae, se relajó y regresó al barracón pomposamente llamado bungalow.

Afuera, el silencio era total.

Lorne Short se encaramó a su litera, se sentó en el centro, con las piernas cruzadas, colocó las manos en las rodillas, y cerró los ojos. Ahora, unas finas gotas de sudor estaban apareciendo en su rostro, en todo su cuerpo. La concentración mental tardó un poco en llegar, pero lo consiguió.

No.

No había faltado a su jumbi shizei, el juramento inicial de todo karateka, por el que se comprometía a no utilizar el karate más que cuando no pudiese evitarlo, y siempre como defensa, nunca como ataque, nunca mostrándose cruel, sino dedicar sus conocimientos, en caso necesario, a ayudar a su prójimo…

No, él no había faltado al jumbi shizei. Igual que en Vietnam… ¿Qué podía hacer? ¿Dejarse matar? En Vietnam había utilizado armas, lógicamente, pues era inevitable. Y en no pocas ocasiones, contra emboscadas de los vietcongs y norvietnamitas, había utilizado el karate… En unas cosas y otras, viendo cómo podía matar, con qué facilidad podía eliminarse a un ser humano, Lorne Short había padecido un serio trauma mental que bordeaba la neurosis cuando, finalmente, con unas cuantas cuchilladas en la espalda debidas a un traidor ataque de tres guerrilleros, fue evacuado y, una vez dado de alta, licenciado definitivamente, con todos honores… Con todos los honores…

Esto tenía mucha gracia. ¿Qué honores podía merecer un hombre que ha estado dedicado casi dos años a matar a otros seres humanos? Aunque fuese obligado por imperativos patrióticos: ¿qué honores se le pueden conceder a quien se dedica a matar a otras personas? ¿Era esto razonable? Bien estaba si, por necesidades patrióticas, había que luchar, pero nunca felicitarse por haber tenido que matar, nunca premiarse por haber matado a muchos enemigos… Esto no lo había comprendido Lorne Short. Y fue entonces, casi cuatro años atrás, cuando, al pasar por Tokio camino de Los Angeles, oyó hablar de *Sensei*.

Y fue a verlo.

Fue una entrevista que Lorne Short jamás olvidaría. Ni olvidaría la impresión que le produjeron los negrísimos ojos del viejo Maestro cuando se fijaron en él, ni sus blancos cabellos, su rostro arrugado, sus hermosas manos también arrugadas, y de apariencia frágil… Con su blanco kimono, su serenidad, su voz suave; en perfecto inglés, el Maestro le estuvo hablando durante horas y horas en el bello jardín de su retiro casi monacal. Durante horas, Lorne Short sólo había oído la voz del Maestro, el canto de los pájaros, el rumor del agua, el viento entre los bambúes… Cuando el Maestro terminó de hablar, Lorne Short se tendió en el suelo del jardín, y se quedó dormido. Estuvo viviendo con *Sensei* durante más de tres semanas, hasta que comprendió… Hasta que comprendió el mizu no kokoro. A partir de entonces, aún profundizó más en el karate, bajo la dirección del Maestro, ahora. Y comprendió cuán diferentes podían ser las cosas.

La misma cosa, enseñada de un modo o de otro, era

completamente diferente. Por eso, en el mundo había budokas, esto es, auténticos adeptos de las Artes Marciales, y «gente que aprendía las técnicas de la lucha», lo cual era completamente diferente. ¿Cuál era la diferencia entre esta gente y el budoka?: mizu no kokoro…

Estaba próxima la madrugada cuando Lorne Short, Cuarto Dan de Karate Do, se tendía en su litera y quedaba profundamente dormido.

CAPÍTULO VI

—¡Eh, yanqui…!

Short abrió los ojos, y se quedó mirando el rostro de uno de los hombres blancos que componían el grupo; el rostro de aquel hombre estaba al nivel de su litera, de modo que el hombre estaba subido a las de abajo.

—¿Qué ocurre?

—El señor Melnikov ha enviado a uno de los criados de la casa para ordenar que vayas allá, ahora mismo.

Lorne saltó de la litera, se pasó las manos por los cabellos, y se dirigió hacia la salida del barracón, tras dirigir una indiferente mirada a Takashi Omura. Con lo cual, se mostraba altamente desagradecido, pues sabía perfectamente, aún sin haberse molestado en comprobarlo, que Omura se había pasado la noche despierto, vigilando que a él no le clavasen un cuchillo en la barriga…

Hacía un hermoso día. El mar estaba en calma, las aguas de la bahía se veían azules. Grandes barcos las surcaban lentamente… La noche anterior, Lorne Short había matado a tres hombres a golpes. Pocas horas después, salía el sol, y era como si nada hubiese ocurrido…

Antes de llegar a la casa, vio a la muchacha que parecía tener fragancia especial de hembra y de amor. Estaba delante de la casa, junto al coche de Melnikov el «Toyota», y miraba hacia él. Lorne apretó los labios, con un gesto seco; no hacía falta ser el hombre más listo del mundo para comprender que Ruth Saville había pasado la noche en la casa. Sobraba cualquier otra explicación.

—Buenos días —saludó Lorne al llegar—. ¿Ha visto al señor Melnikov?

—Saldrá en seguida. Tiene usted que esperarle aquí.

Lorne asintió, metió las manos en los bolsillos en busca de

cigarrillos, hasta desengañarse, y comenzó a farfullar algo, de nuevo en su papel de tosco aventurero. Estaba barbudo, tenía las ropas arrugadas, pues había dormido vestido, y su genio no parecía el más adecuado para recibir bromas. Pero casi consiguió sonreír cuando vio los cigarrillos que le tendía Ruth Saville.

—Gracias, cachonda.

—Puede quedarse el paquete —murmuró Ruth.

—Pues requetegracias, dama camera. ¿Qué? ¿Cómo ha ido la nochecita? ¿Se ha pasado bien?

Para auténtico asombro de Lorne Short, Ruth Saville enrojeció, y, por un instante, pareció a punto de echarse a llorar. Lorne se sintió tan desconcertado que todo lo que se le ocurrió fue encender un cigarrillo.

Todavía no se había recuperado de su desconcierto cuando salió Melnikov de la casa. Se plantó ante él, se lo quedó mirando, y frunció el ceño.

—No me gusta su aspecto, Short —gruñó.

—Es que no he tenido tiempo de ir al salón de belleza.

—Escuche bien: cuando hable conmigo va a ser respetuoso y serio. Además, irá siempre limpio y afeitado, y me llamará señor… ¿Está claro?

—Sí…, señor.

—Ahora, póngase al volante. Vamos a Tokio, a dejar a la señorita Saville en su hotel.

—¿Qué pasa con su chófer? ¿Acaso conduce con la mandíbula?

—Mi chófer, a partir de ahora, es usted. Por lo tanto, es también mi guardaespaldas, hablando claro. Pero entienda bien esto: no quiero más peleas. Reserve sus energías para el momento oportuno. Ya me ha costado usted cinco bajas, ¿lo sabía? Minoru y Kao Yam, están inutilizados, y anoche mató a tres de los hombres que tenía contratados. Es suficiente.

—Creo que averié a algunos más.

—Esos podrán seguir adelante. Pero no más, Short.

—Espero que le hayan dicho que no fui yo quien inició la pelea.

—Me lo han dicho todo, naturalmente. Por eso lo he seleccionado para mi servicio personal, y admito que no sería justo reprenderle demasiado.

—Es usted muy amable y comprensivo, señor Melnikov.

—Tengo algunas cosas que hacer en Tokio. Mientras me dedico a ellas, usted se afeitará, se arreglará decentemente, y se comprará ropa.

—No tengo ni un puñetero yen, señor.

Vitali Melnikov sacó un rollo de billetes del bolsillo, separó unos cuantos, y los tendió a Lorne, que se los guardó con gesto divertido. Luego, simplemente, fue a sentarse ante el volante… Se quedó allí, distraído… De pronto, volvió la cabeza, y vio al ruso y a la inglesa todavía de pie junto al coche, esperando. Melnikov tenía el ceño fruncido de nuevo. Comprendiendo, Lorne salió del coche, lo rodeó, y fue a abrir la portezuela. Melnikov y Ruth entraron en la parte posterior del coche.

Lorne se inclinó.

—¿Deberé comprarme también una gorra, señor?

—Sí.

—Muy bien, señor.

De nuevo se colocó ante el volante; puso el coche en marcha, y emprendió el camino hacia Tokio. Pronto comenzó a ver chimeneas. Horrendo. ¿Dónde estaba el viejo Japón, con sus casas rodeadas de jardín hasta el punto de que parecían formar parte de éste? Seguramente, *Sensei* era de los pocos japoneses que no se había dejado absorber por la nueva vida japonesa, llena de humo y de prisa.

De pronto, pasó a pensar en los tres hombres que había matado la noche anterior, y en los dos que había dejado inutilizados.

—Señor Melnikov.

—¿Sí, Short?

—Estoy pensando que quizá necesite usted más hombres, para sustituir esas cinco bajas.

—Por supuesto, así es.

—Bueno… Quizá yo podría encontrar algunos.

—¿Americanos?

—No, no. Yo sólo me trato con los americanos cuando estoy en América. Fuera de casa somos todos unos pedantes. Puedo reunir algunos amigotes asiáticos que saben muy bien lo que es pelear. Y no serían demasiado exigentes a la hora de cobrar.

—¿Cuántos podría conseguir y cuándo?

—Pues… Quizá ocho o diez. ¿Son demasiados?

—Claro que no. ¿Para cuándo?

—No me sorprendería poder reunirlos a todos antes de la noche. Si quiere, puedo citarlos en algún lugar adecuado para que usted les eche un vistazo.

—¿Qué lugar adecuado?

—Diferente al que habitualmente utilizamos esos amigotes y yo… Por ejemplo, el Tomodachi Club (*Club Amigo*), en Ginza. ¿Lo conoce?

—No, pero puedo encontrarlo, supongo.

—Sin la menor dificultad. ¿Me dedico a buscarlos, entonces?

—Sí. Ésa es una buena colaboración, Short.

El norteamericano encogió los hombros.

—Espero que lo tenga en cuenta. Además, quizá mis amigos no le gusten.

—Ya los veremos. Disponga del día para dedicarse a eso… Pero cuando nos volvamos a ver, quiero verlo con mejor aspecto.

—No se preocupe —rió Lorne—, a mí también me gusta estar guapo, se lo aseguro. Así que después de comprarme algo de ropa iré a la casa de baños de Noriko «Okasan» (*«Mamá» Noriko*), y hasta me obsequiaré a mí mismo con un buen masaje. La musculatura debe estar siempre a punto, ¿no le parece?

—Para un hombre como usted es primordial —murmuró Vitali Melnikov—. Está bien, vamos a dejar a la señorita Saville, luego me deja a mí en Maronouchi, el distrito financiero, y se queda con el coche, para sus desplazamientos. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. ¿Dónde de Maronouchi?

—Frente a la Estación Central.

—Okay —se tocó Lorne la frente con dos dedos.

Dirigió un vistazo por el retrovisor a Ruth Saville, que continuaba con expresión sombría, y luego dedicó toda su atención al volante. No era nunca fácil conducir por Tokio.

CAPÍTULO VII

Debían ser las once de la mañana cuando Lorne Short, con el paquete de ropas que había comprado previamente, entraba en la casa de baños de Noriko «Okasan».

«Mamá» Noriko era una viejecita diminuta y con el cabello completamente blanco, pero con el rostro más juvenil y simpático que pudiera imaginarse en una persona de su edad. Tenía todavía toda su dentadura, le brillaban los ojos con bonachona malicia, y parecía considerar que la vida era algo insustituiblemente maravilloso. Por lo general, ella no atendía a los clientes, pues se dedicaba a vitar apaciblemente en su rincón secreto del edificio de madera donde estaba instalada la casa de baños, en el distrito de Chuo, cerca de los tinglados portuarios, entre el Puente Kachidoki y el Templo Tsukiji Hongaji. Relativamente cerca de Ginza, la famosa calle céntrica de Tokio, la casa de baños tenía un rincón secreto que era, simplemente un pequeño jardín, conseguido a fuerza de voluntad y dedicación por la diminutísima Noriko «Okasan».

Cuando Lorne Short fue introducido allí, privilegio que muy pocas personas conseguían, Noriko «Okasan» estaba sentada sobre un almohadón, y fumando apaciblemente en pipa. Al ver al yanqui, una sonrisa apareció en sus labios, tras retirar la pipa.

—Lorne Short, ¿eh?

—Así es —sonrió también el yanqui.

—Siéntese, hijo mío. ¿No le parece precioso mi jardín?

—Un poco patético.

La anciana lo miró vivamente. Luego, asintió con la cabeza.

—Puedo creer ahora, por su sinceridad, que es cierto que le envía la persona que ha mencionado a mi sirvienta. ¿Es usted uno de sus elegidos?

—Quisiera tener la certeza de que es así, «Mamá» Noriko. Con ello, mi Maestro sólo haría que corresponder a mi amor por él.

Noriko «Okasan» volvió a asentir, y quedó silenciosa. Lorne Short la contemplaba con discreción, pero atentamente. Como le ocurría con *Sensei*, le era imposible calcular la edad de la anciana. Lo mismo podía tener setenta años que ciento veinte. Seguramente, había sido hermosa…, ¡aunque tan menudita! Lorne calculó que ni siquiera debía medir cuatro pies. Bueno, quizá eso sí, pero poco más (*Alrededor de metro cuarenta*). ¿Habría habido algo alguna vez entre Noriko «Okasan» y el Maestro? A fin de cuentas, el Maestro era un ser humano, que había tenido muchos hijos, y que en la actualidad tenía muchos nietos y biznietos, quizá tataranietos… Toda la familia de *Sensei*, numerosísima, se había esparcido por el mundo entero, de modo que el viejo Maestro, con mucha frecuencia recibía extraños informes que le impelían a movilizar a sus discípulos…

—¿Qué necesita usted, señor Short? —preguntó de pronto la anciana.

—Tomar un baño —sonrió Lorne—. Y unas cuantas direcciones y nombres de Tokio… Para esta noche, voy a necesitar ocho o diez budokas. Puedo ir llamándolos yo, o bien reunirme con ellos en el Tomodachi Club, no después de las seis de la tarde.

Noriko «Okasan» quedó de nuevo pensativa, fumando con evidente placer de su pipa. De pronto, la puerta corredera de papel especial sobre bastidor de teca, se descorrió, y apareció la sirvienta que había conducido a Lorne hasta allí. La muchacha entró silenciosamente, se arrodilló junto a Noriko «Okasan», y le murmuró unas palabras al oído. La anciana asintió de nuevo, con aquel gesto característico suyo. Luego, miró a Lorne.

—Le han preparado un baño privado, Short San (*San, señor*). Espero que disfrute de él, y que podamos volver a vernos en alguna ocasión.

Lorne comprendió, y se puso en pie.

—Será un placer, «Mamá» Noriko. Hasta la vista.

—*Yokoronde*, Short San. (*Cuando usted quiera, señor Short*).

El budoka salió en pos de la casi etérea sirvienta, que lo llevó por un amplio pasillo silencioso hasta delante de una puerta, que deslizó, echándose a un lado. Short entró, tranquilo. Dejó la ropa a un lado, y se acercó al borde de la pequeña alberca con agua caliente. Allí dentro todo era penumbra y silencio. Se quedó inmóvil mientras la japonesita le desnudaba. Finalmente, le quitó los

zapatos, y señaló el agua, sonriente.

—*Arigato* —murmuró Lorne.

Se metió en el agua, y en el acto percibió la confortable sensación caliente en su piel. Se zambulló, en silencio, y permaneció bajo el agua cuanto pudo, inmóvil. Por un alargado ventanal entraba un leve resplandor de sol, que contribuía a dar un tono de penumbra a la sala privada. Se tendió boca arriba, cerró los ojos, y quedó flotando, sumergido en la tibieza reconfortante. No tardó mucho en oír el leve chapoteo en el agua. Se puso en pie, volviéndose hacia la muchacha…, y quedó verdaderamente petrificado por el más grande asombro de su vida.

Durante unos segundos, ni siquiera pudo pensar, ni hablar. Por fin, murmuró:

—Señorita Saville…

Ruth Saville estaba ante él, con el agua hasta la cintura, mirándole fijamente. Por un instante, Short llegó a pensar que estaba soñando. Sí, eso era: Ruth Saville le había causado tanta impresión tan sólo verla en fotografías, que ahora la estaba soñando… La estaba soñando despierto. Pero no solamente ahora… Lorne Short se dio cuenta de que la había estado soñando despierto todo el tiempo…

Admirando la espléndida belleza del torso de la muchacha, el karateka tragó saliva, y luego consiguió recuperar la voz:

—¿Cómo ha conseguido esto? —susurró.

—Le oí decir que vendría aquí —susurró, también ella—. Y quise reunirme con usted.

—¿Por qué? ¿Cómo la han dejado entrar en esta sala privada?

—Las mujeres nos entendemos siempre bien. O casi siempre. Noriko «Okasan» es una anciana muy comprensiva.

—¿Qué quiere decir?

—Esto contestará a su ¿por qué?: le he dicho a Noriko «Okasan» que le amo a usted.

En los labios de Short hubo una crispación brevísima de dureza.

—Me hace usted el más feliz de los hombres, señorita Saville…, hasta que Melnikov se entere, claro.

Ella se acercó, llegó ante él, y estuvo unos segundos contemplando la fina pero impresionante musculatura del budoka. No era una musculatura espectacular, abultada, sino un conjunto de

músculos planos, duros como el acero, que marcaban el torso de Short con unos relieves concretos, bien definidos.

—No creo que tú temas a Vitali —sonrió ella.

Alzó los brazos, rodeó el cuello de Short, y le besó en los labios. Lorne Short no se movió. Estuvo quieto, sin respirar, todo el tiempo que ella le estuvo besando, largamente, profundamente. Por fin, Ruth se apartó, y lo miró con reproche.

—¿No he conseguido alterarte?

Lorne ladeó la cabeza.

—Yo nunca me altero, señorita Saville.

—¿Nunca?

—Nunca.

Ella deslizó sus brazos por los de él, y le tomó las manos.

—Lorne —se tensó su voz—: ¿tú eres de los que te niegas a admitir la verdad?

—No.

—Yo tampoco. ¿Sabes amar? Hablo del amor de verdad.

—Todavía no he tenido ocasión de comprobarlo.

—Yo sí.

—Lo sé muy bien —replicó él, secamente.

—No —movió ella la cabeza—. No lo sabes. Todo lo que sabes de mí es que he pasado la noche con Vitali Melnikov. ¿Eso te hace sentirte desgraciado? Si es así, acumula toda la desdicha que seas capaz de sentir, porque Vitali no ha sido el único hombre con el que he estado.

—Era fácil suponerlo.

—¿Te sientes desdichado?

—Algo menos que cuando de niño un compañero grandullón me robó un helado.

—Yo estoy hablando en serio.

—Señorita Saville, espero que se haya dado usted cuenta de que llevo el pelo corto. Yo diría que lo suficiente. Le agradecería que no pretendiera tomármelo, pues acabaría calvo.

—Lorne, Lorne —ella alzó las manos de él hasta ponérselas en las mejillas—. Lorne, ¿no quieres que te cuente lo que sucedió?

—Soy capaz de imaginármelo perfectamente.

—Es todo demasiado vulgar, y no quiero que pienses que pretendo darle demasiada importancia, ni hacerme la víctima.

Cuando sucedió la primera vez, yo amaba, Lorne. No puedes reprocharme eso, ¿verdad? Nadie puede reprocharle a nadie que ame. Yo amé… Me di cuenta pronto de que no era correspondida como yo creía, sino que se me consideraba… un pasatiempo. ¿Sabes cómo me di cuenta? Pues, un amigo de él vino a decirme que él no podía acudir a la cita aquella noche, pero que podíamos… tomamos las cosas por el lado bueno, y divertimos nosotros. Me invitó a hacer un pequeño viaje en su yate. Y yo comprendí. Comprendí que había sido… traspasada. Estaba tan humillada, tan triste, que creí que me iba a morir allí mismo. Pero el amigo de él no se dio cuenta de esto. Creyó que me lo estaba pensando, así que sonrió, me tocó, y dijo que lo íbamos a pasar estupendamente por el Caribe. Entonces, acepté. Acepté por rabia, porque me sentía… tratada como una muñeca. Decidí vengarme adecuadamente, así que cuando terminamos el viaje por el Caribe, había conseguido que mi cariñoso marinero me regalase unas cuantas joyas, obligándole a hacer un gasto que luego supe le había costado mucho justificar. Creí que terminaría todo…, hasta que se presentó un amigo del hombre del yate. Era muy amable, muy educado… Me invitó a cenar, y en lugar de obsequiarme una flor, me regaló una hermosa sortija de brillantes. Carísima. Yo comprendí también: todos eran unos cerdos. Y desde entonces, los he tratado como a tales: cuando necesito algo, siempre encuentro a alguien dispuesto a facilitármelo. ¿Cuántas veces lo he hecho desde entonces? No lo sé… ¿Veinte? ¿Quizá treinta? No me preocupa eso… Es decir, no me ha preocupado hasta que te he conocido a ti.

—¿Por qué? —musitó Lorne.

—Ya te lo he dicho… Nada más verte, sentí… sentí como si algo se rompiese dentro de mí, fue como un hachazo. De pronto, me di cuenta del gran error que había cometido, al pensar que un fracaso significaba el fin de todo y dejarme llevar por la cómoda corriente. De pronto, comprendí que jamás había amado, y que nada de lo que he hecho ha tenido significado alguno. De pronto, Lorne, me encontré pensando que por tan duro camino había llegado a la meta, y que me alegraba de todo lo que me había pasado desde aquel día en Estados Unidos, porque así, al fin, llegué a Tokio y he podido encontrarte a ti. He pasado una noche horrible, y no he dicho nada porque temía… temía que si me negaba a estar con

Melnikov, éste comprendiese la verdad, y te hiciese matar.

—O sea, que te has sacrificado por mí.

—Esta noche, sí.

—¿Y las demás noches?

—Lorne, ¿por qué le das importancia a eso? Un hombre puede casarse con una jovencita virginal, y acabar siendo más engañado por ella que por una mujer como yo. No soy una… ramera. Sólo una mujer que se equivocó, y que ha estado… mintiendo a los hombres. Pero ellos no merecían otra cosa. La jovencita parece ofrecer más, pero a la larga, igualmente te engaña, aunque sólo sea con la mente, aunque sólo sea porque deja de amar. Lorne, yo he comprendido ahora que puedo amar de verdad… Puedo amarte tanto, con tanta seguridad de lo que quiero ahora… Soy una mujer que fue engañada y que luego se dejó llevar por la corriente. ¿No vas a sacarme de esa corriente, Lorne? ¿No puedes creer que te amo? ¿No puedes creer que cuando se encuentra el amor todo lo demás ya no existe, ni tiene ninguna importancia?

—¿Qué es lo que quieres, exactamente de mí?

—Lo que quieras darme… Por poco que sea. Por favor, Lorne. ¡Por favor! No me hagas sentirme verdaderamente sucia y despreciable. Te lo suplico…, ¡ayúdame a convencerme de que el amor puede limpiarlo todo, embellecerlo todo…! ¡Por favor, Lorne!

Lorne Short tragó saliva.

—¿Cómo conociste a Melnikov?

—Eso no importa ya, no im…

—¿Cómo le conociste?

Ruth Saville suspiró profundamente.

—He visto… he visto en tus ojos una mirada hacia mí… que me ha hecho comprender que tienes… algo que ofrecerme de tu vida. Por lo tanto, creo que todo lo demás, ni a ti ni a mí nos importa. Pero ¿quieres saber cómo conocí a cada uno de los que…?

—Sólo a Melnikov —dijo, con voz tensa Lorne.

—Melnikov… Vitali Melnikov. Bueno, fue del modo más simple y vulgar. Yo estaba en el bar de mi hotel, él llegó, cambiamos unas palabras casuales, se inició un poco de conversación, me invitó a tomar algo, luego a cenar…

—¿No os presentó nadie?

—Claro que no.

—¿Él no te había visto antes, o tú a él?

—Yo a él, no, desde luego. ¿Por qué preg…?

—¿Cuánto hace de eso?

—¿Que nos conocemos? Poco más de una semana.

—Llevas más de una semana con él…

—No nos hemos visto todos los días —palideció Ruth—. Es un hombre tan amable cuando está conmigo… Y habla demasiado; por eso, quiero que nos marchemos tú y yo de Tokio, Lorne. Ahora mismo.

—¿Por qué dices eso?

—No quisiera que te mezclases en lo que él quiere hacer. Se le han escapado algunas cosas… Me parece que es un espía ruso.

—Vamos… No todos los rusos son agentes secretos, supongo.

—Vitali tiene que serlo. Habla de los petroleros… Estoy asustada por eso; quizá él, cuando se dé cuenta de lo mucho que ha hablado, se sienta molesto conmigo…

—Así que has buscado mi protección para escapar. Entiendo.

—¡Entiendes…! ¿Qué es lo que entiendes? ¿Que yo tenga miedo? ¡Pues bien, lo tengo! Sé que está en relaciones con un chino que vive no sé dónde, y que le proporciona hombres y armas. Creo que es un colaborador del servicio secreto ruso desde hace muchos años, conoce bien Tokio, la bahía, todas las islas… Melnikov lo está utilizando para que le haga unos planos y le facilite determinados informes… Le oí hablar por teléfono, anoche, con él, con el chino… ¿Miedo? Sí que tengo, Lorne…, ¡pero por los dos! No intervengas en esto, vámonos… ¡Te lo suplico!

—¿Por qué tengo que creer todo lo que me estás contando? ¿Por qué no puedo pensar que Melnikov te ha enviado para que me sonsaques algo que no imagino qué puedo ser? ¿Acaso él desconfía de mí? ¿Te ha enviado por eso?

—No, no, no… ¡No, Lorne!

—¿Por qué tengo que creerte? ¡Es absurdo esto!

—Lorne…, dime cómo quieres que te lo demuestre, dime qué deseas que haga, dime cómo puedo demostrártelo… ¡Como sea! ¡Todo lo que quiero es que nos pongamos los dos a salvo!

—Yo no puedo hacerlo, Ruth.

—¿Qué…? No comprendo… ¿Por qué no puedes?

—Soy un agente de la C. I. A., destinado precisamente a saber

qué es lo que está tramando Melnikov con esos dos petroleros… Cuando vine a Tokio, ya sabía lo que estaba preparando él. Aquí, se me informó de ti y de él, me proporcionaron fotografías… Todo. Anoche, cuando os abordé a la salida del hotel, todo era preparado: la idea era introducirme en el grupo de Melnikov, y me pareció que el mejor modo de conseguirlo, puesto que estaba contratando gente peligrosa, era demostrarle que yo lo era. Conseguí impresionarle, he conseguido mucho más de lo que esperaba. Y ahora, vienes tú a decirme que nos marchemos de aquí… No puedo hacerlo, Ruth, eso es todo.

—Dios… Dios mío…

—Si realmente no me estás engañando, podrías ayudarme.

—¿Yo? ¿Cómo, Lorne? ¿Qué puedo hacer yo?

—Nada. No compliques las cosas… Simplemente, continúa viéndote con Melnikov, abre bien los ojos, tiende los oídos… Sólo tienes que continuar como hasta ahora, pero prestando más atención a todo lo que él haga, con quién se ve, a quién llama y a qué número… ¿Lo entiendes?

—Sí… Sí —Ruth Saville le contemplaba con expresión desorbitada—. ¿Debo seguir… como hasta ahora con él?

—De lo contrario, sospecharía algo.

—Pero… ya no sé si me será posible… ¡Ya no podría hacerlo, amándote como te amo a ti!

—¿Y cómo me amas a mí, Ruth? —deslizó Lorne sus manos por los hombros de la muchacha.

—Te amo… tanto… que haré por ti… todo lo que me pidas… Todo.

—Bueno —fueron descendiendo las manos de Lorne Short—. Por el momento, lo que voy a pedirte no es excesivamente complicado, me parece.

Ruth Saville fue a contestar, pero la boca del karateka llegó a la suya, y la apretó en un beso lento y profundo que fue el principio de todo.

CAPÍTULO VIII

—¿Eso es todo? —Murmuró Vitali Melnikov—. ¿Siete hombres?

Lorne Short encogió los hombros y mostró la palma de las manos.

—Lo siento, es todo lo que he podido conseguir, señor Melnikov. Sólo siete hombres, pero le aseguro que cada uno de ellos vale por tres. Y han aceptado lo que sea, por cinco mil dólares.

—¿Cinco mil?

—Bueno —sonrió Lorne—, pensé que usted y yo podríamos salir beneficiados con mi modo de manejar las cifras.

—Es usted un granuja, Short.

—En efecto —asintió alegremente éste—. ¿Qué le parece mi gorra? Es preciosa, ¿verdad?

Melnikov contempló, con el ceño fruncido, la gorra. Era blanca, con visera azul. Muy bonita, sin duda.

—No es la idea que yo tenía de la gorra —gruñó.

—¡Oh, bien…! Me pareció que era más alegre una gorra de patrón de yate que de chófer. Hay que tomarse las cosas por el lado más simpático posible. Bien, señor Melnikov: ¿qué les digo a mis amigos?

El ruso volvió a mirar hacia la apartada mesa del Tomodachi Club donde esperaban los siete hombres contratados inicialmente por Lorne Short. Ellos ocupaban otra, discretamente alejada. Sobre la mesa, Lorne tenía dos vasos de whisky vacíos y uno a la mitad. Melnikov, que había llegado hacía pocos minutos, se limitaba a fumar.

—¿Les ha dicho que durante quince días deberán estar en el bungalow a mi disposición, y que no quiero líos de ninguna clase durante ese tiempo?

—Están informados de todo. Cumplirán, se lo garantizo.

—¿Tienen armas?

—Siempre puede salir a relucir algún cuchillo, o armas de poca monta. Me pareció que ese asunto lo tenía solucionado usted, de todos modos. Quizá no entendí bien.

—Entendió bien. De acuerdo, dígales a esos hombres que están aceptados.

—Estupendo. Ahora, para ir al bungalow, no sé si cabremos todos en el coche, así que…

—Dígales cómo llegar a mi casa, y que lo hagan por sus propios medios. Nosotros tenemos que pasar a recoger a la señorita Saville, y hacer una visita antes de regresar a casa. ¿Cree que esos hombres tendrán dificultades para encontrar el lugar?

—No lo creo.

—Vaya a hablar con ellos. Le espero en el coche.

—Okay.

Vitali Melnikov abandonó el Tomodachi Club, y caminó hacia donde había visto estacionado su «Toyota». Se metió dentro, y echó una mirada al cuentamillas: no parecía que Short hubiese viajado demasiado, desde luego… El ruso movió la cabeza, con un gesto preocupado. Metió el cigarrillo en el cenicero del coche, y encendió otro.

Lorne entró en el coche cuando estaba terminando este cigarrillo.

—No hay problemas. Ha costado un poco explicarles la situación de la casa, pero le aseguro que llegarán. ¿Vamos ahora a por la señorita Saville?

—Espero que esté ya arreglada Me gustaría llegar a casa antes de la noche.

—¿Por qué motivo? —Se sorprendió Lorne.

—Por motivos privados. En marcha.

Diez minutos más tarde, Ruth Saville entraba en el coche. Vitali Melnikov cerró la portezuela, rodeó el vehículo, y fue a sentarse junto a la muchacha, entrando por el otro lado. No les había hecho esperar ni un segundo, pues cuando el ruso llegó, ella ya estaba esperando en el vestíbulo.

—Estás bellísima —musitó Melnikov.

—Gracias, querido —sonrió Ruth.

Lorne alzó la mirada hacia el espejo retrovisor. Ella le ignoraba por completo… Y en aquel momento, atendía a Vitali Melnikov, que

la había abrazado por la cintura y la atraía. Ruth Saville cerró los ojos entonces, aceptando el beso del ruso. Por el retrovisor siempre, Lorne Short vio cómo los suavísimos brazos de la pelirroja rodeaban el cuello de Melnikov, y, sólo por una fracción de segundo, cómo sus labios tiernos y frescos, que todavía le parecía notar en los suyos, se hundían bajo la presión de los del soviético. Lorne Short desvió la mirada, y puso en marcha el «Toyota».

Segundos más tarde, oyó la voz de Melnikov, y le miró por el retrovisor.

—Vamos hacia Chofu, Short… ¿Sabe dónde está?

—Tengo una idea. De todos modos, por si acaso, será mejor que me vaya indicando el camino, señor Melnikov…, siempre y cuando disponga de tiempo para dedicarme a mí, claro.

Melnikov emitió una risita satisfecha, y Lorne sonrió, muy prietos los labios, volviendo a mirar por el retrovisor. Ruth Saville también sonreía, como si tal cosa, así que el budoka se preguntó cuál de los tres estaba siendo más hipócrita en aquel momento…, y qué pretendía cada cual. Es decir, él sabía lo que pretendía, pero…, ¿qué pretendían realmente Ruth y Melnikov…, juntos o por separado?

Durante el camino hacia Chofu, Lorne Short tuvo oportunidad de oír varias veces la risa de Ruth Saville, entre largos silencios cuyo significado ya conocía. En la boca de Lorne se había formado un pliegue duro, hostil, pero eso fue todo.

Finalmente, cuando ya estaban cerca de Chofu, Melnikov le volvió a dar instrucciones respecto al camino a seguir, y así, hacia las seis y media de la tarde, llegaron a destino.

Parecía una granja. En alguna parte, Lorne oyó ladrar a un perro de aguda voz. Cuando detuvo el coche delante de la casa, muy cerca de ésta, el polvo comenzó a posarse. Paró el motor, y casi en seguida le pareció oír el gruñir de cerdos. Con las cejas alzadas, Short volvió la cabeza hacia el asiento de atrás.

—¿Está seguro de que usted viene aquí, señor Melnikov?

—No vengo: ya estoy aquí —sonrió el ruso.

Salió del coche. Lorne se apresuró a hacer lo mismo, y pudo anticiparse a Melnikov en abrir la puerta del lado de Ruth. Ella le miró, y le sonrió encantadoramente.

—Gracias, Short.

—Considéreme a su servicio, señorita Saville. ¿Tengo que esperar aquí, señor Melnikov?

—No —sonrió extrañamente el ruso—. No. Venga conmigo, quiero que vea cosas interesantes.

Caminaron hacia la casa. La puerta se abrió antes de que hubiesen llegado al deslucido porche hecho con cañas de bambú. Una preciosa muchacha, vestida pobremente, había abierto la puerta, y miró con expresión de simpatía y reconocimiento a Melnikov. Eso fue todo. Se apartó, los tres entraron en la casa, y la muchacha los precedió hacia el fondo. La cruzaron completamente, y salieron a un pequeño huerto en la parte de atrás. Había un sol rojo de poniente, redondísimo, que le recordó a Short la bandera japonesa. Sin embargo, el hombre que vio allí no era japonés, sino chino. Y Lorne sabía que no podía equivocarse: durante su permanencia en Vietnam, se las había tenido que ver en varias ocasiones con guerrilleros chinos que apoyaban a los norvietnamitas.

Debía ser muy viejo, pero, como ocurría con *Sensei*, Lorne no se atrevió a definir su edad. Tenía el cabello blanco-amarillento, y lo mismo una barbita que verdaderamente parecía de chivo. Sus pequeños ojos, por supuesto negros, contemplaban apaciblemente a los recién llegados. Junto a él habían dos muchachas más, parecidas a la que había abierto la puerta. Las muchachas sí eran japonesas, desde luego. Todavía apareció otra muchacha más, también japonesa, igualmente joven, y vestida pobremente, que miró interrogante al anciano, el cual le hizo una seña de espera.

—Buenas tardes, Ling Shao —saludó Melnikov.

—Buenas tardes, señor Melnikov. Observo con gran placer que hoy viene usted muy bien acompañado.

—No creo que sea usted quien pueda quejarse en ese aspecto —rió el ruso—. ¿Tenemos alguna noticia importante?

—¿Tomarán ustedes té? —ofreció Ling Shao Chiu.

—La verdad es que tengo un poco de prisa —movió la cabeza Melnikov—. Preferiría que fuésemos directos al asunto…, si es que hay algún informe nuevo que deba rendirme.

—Sería conveniente que conversáramos unos minutos, sí —dijo el chino.

Melnikov se rascó la barbilla; luego, se volvió a medias, hacia

Ruth y Lorne, que habían quedado algo retrasados con respecto a él.

—¿No te gustaría ver animalitos, Ruth? Short te acompañará. Tengan cuidado, la otra parte de la casa no está tan limpia.

Ruth se mordió los labios, pero, como Lorne, comprendió que debía obedecer sin rechistar. Bajaron al huerto, en cuyo fondo se veían bambúes y unos cuantos albérchigos. No hacía falta ser campesino para comprender que aquel huerto no estaba cuidado ni poco ni mucho: las plantas que había era porque Dios quería, no porque estuviesen cuidadas. A la izquierda se oían rumores, y el yanqui y la inglesa fueron hacia allí. Cuando miraron desde el extremo de la casa, las cuatro japonesitas, Melnikov y el viejo chino los estaban mirando a ellos.

En seguida vieron algunas gallinas. Había cerdos en una pocilga que no podía ser más pocilga. Los cerdos estaban flacos, gruñían continuamente.

—Me parece que tienen tanta hambre que se nos comerían si pudiesen —intentó bromear Lorne.

—Lorne… Lorne…

Ella se abrazó a su cuello, y le besó. Se estaba poniendo aquella bola roja que era el sol. Parecía que todo estuviese teñido de aquel color rojo encendido, violento. Los cerdos seguían gruñendo… Volvieron a oír el ladrido del perro. Lorne Short apretaba la cintura de Ruth, y casi mordía sus labios, en un beso furioso, terrible… Hasta que ella se separó, y le miró alarmada.

—Me… me haces daño, Lorne…

—Lo siento.

De pronto, ella sonrió, y su rostro y sus ojos parecieron llenarse de luz.

—Estás celoso —susurró—. ¡Estás celoso porque nos has ido viendo mientras nos besábamos!

—Quizá.

—Lorne, si piensas así…, si sientes así, será mejor que nos marchemos los dos cuanto antes. ¡No podrías soportar esta noche sabiendo que yo estaría con él!

—¿Por qué no? Tú misma dijiste que estas cosas no tienen importancia. Y no la tienen, realmente.

—Pero ahora… ya nos conocemos… y nos amamos… ¡Oh, sí que tienen importancia ahora, para mí!

—Será mejor que nos pongamos a la vista de ellos; no sería interesante que Melnikov pudiese sospechar algo. Sigamos dando la vuelta a la casa… Este lugar es asqueroso. Huele a excrementos, a tierra podrida… ¿Quién es ese viejo chino? ¿Lo sabes?

—Debe ser el que ha hablado con Vitali por teléfono en otras ocasiones. Si es así, trabaja para él: el chino para Vitali, se entiende.

—¿Y qué demonios hemos venido a hacer aquí? Si hasta ahora se entendían por teléfono, no entiendo por qué hemos tenido que venir a este estercolero.

—Yo no lo sé, Lorne.

El budoka le dirigió una centelleante mirada, y continuó caminando. Dieron la vuelta a toda la casa. Incluso vieron al perro, un animalito pequeño, y tan ridículo como su agudo ladrido. Estaba atado a una estaca hundida en la tierra. Por todas partes olía mal, había gallinas, gatos, ratones…

—¡Short! —Les llegó la voz de Melnikov.

Lorne consultó su reloj: el chino y el ruso habían estado conversando cinco o seis minutos, no más. Bueno, quizá consiguiese saber qué se habían dicho.

Regresaron a la parte de atrás de la casa, sin haber entrado de nuevo en ésta, recorriendo sólo la parte de huerta y lo que, en la parte delantera, había sido alguna vez un pequeño jardín. Ahora, era una podredumbre. Nada más llegar ante el anciano chino, Lorne supo que éste le veía con ojos nuevos, bajo un aspecto diferente.

—Me dice el señor Melnikov —deslizó con su voz tenue pero nítida, en perfecto inglés—, que es usted un luchador temible, señor Short.

Lorne ladeó la cabeza, y entornó los párpados.

—Sé defenderme —murmuró.

Ling Shao sonrió.

—¿Cuál es su especialidad? —se interesó.

—Karate.

—¡Ah! Sí, karate… ¿A qué escuela pertenece?

—He aprendido en varios sitios, así que he tenido que ir adaptándome como he podido a diversas tendencias.

—Pero tendrá usted un estilo determinado, ¿no es así?

—Shotokan (*Shotokan es el nombre de una de las Escuelas o estilos del Karate.*) —gruñó Lorne, de mala gana.

—Ah. ¿Quién es su maestro?

—Ya le he dicho que he aprendido cosas por aquí y cosas por allá.

—Por supuesto. Esto suele suceder, sobre todo, claro está, a las personas que viajan mucho. Ello da lugar a que los practicantes se hagan un lío del que les cuesta salir… Sin embargo, cuando un hombre llega a luchar como dice el señor Melnikov que lo hizo usted anoche, es porque ha encontrado el camino de su técnica. Generalmente, esto se consigue de dos modos diferentes. O bien cuando ya se es un maestro que ha aprendido a estudiarse a sí mismo, o bien cuando se tiene la suerte de ser discípulo de uno de esos grandes maestros. Como quiera que usted tiene edad para ser un buen luchador, pero no para ser un gran maestro, es evidente que pertenece al segundo grupo. ¿Quién es su maestro?

Lorne Short apretó los labios. La sonrisa de Ling Shao se amplió.

—Entiendo —dijo afablemente—. Pero a mí me gustaría mucho saber quién le ha dado a usted la orientación final. ¿No quiere decírmelo?

—No.

—Vamos, Short, no sea… —empezó Melnikov.

Ling Shao le hizo un rápido gesto pidiéndole silencio.

—Por favor, señor Melnikov… Yo entiendo perfectamente al señor Short; no me ofende su actitud. Sin embargo, tengo tantos deseos de conocer a su maestro que le voy a hacer una apuesta. Mejor dicho, le voy a poner las cosas un poco difíciles al señor Short. Tan difíciles que me va a retirar muy pronto su posible simpatía. ¿Quiere mirar hacia atrás, señor Short?

Lorne volvió la cabeza, y vio a los dos enormes sujetos que, sin duda, habían estado hasta entonces dentro de la casa, en una habitación apartada del camino que la cruzaba hacia el huerto de atrás. Eran dos chinos de más de metro ochenta, gruesos, fuertes, de mirada maligna, que vestían con descuido, sucios. Lorne volvió a mirar a Ling Shao.

—¿Y…? —se interesó.

—Si mis amigos le vencen, tendrá que decirme el nombre de su maestro. Si vence usted, claro está, ¿cómo podría yo impedirle que se fuese manteniendo su silencio?

—Escuche, no tengo ganas de pelea. Además, el señor Melnikov

no va a permitir…

—Por el contrario, Short, por el contrario —sonrió Melnikov aviesamente—, anoche me lo perdí, así que no quisiera perdérmelo ahora.

Lorne frunció el ceño. Miró al viejo chino. De nuevo a los dos chinos harapientos y hercúleos… Y otra vez miró a Ling Shao cuando le oyó murmurar unas pocas palabras. En chino, de modo que no se enteró de nada.

Pero lo comprendió cuando los dos chinos comenzaron a caminar hacia él. De reojo vio a Ruth, que estaba lívida. Se encaró a los dos chinos, esperándolos, firme, en kamae. Parecía que ni siquiera los veía.

De pronto, toda la figura de Lorne Short se descompuso, formando otra, bellísima, en un salto que lo elevó más de metro y medio y lo acercó a uno de los chinos, que alzó ambos brazos para protegerse el rostro… Lo hizo muy mal. Lorne no lanzó el golpe cuando subía, ni siquiera cuando estuvo arriba de todo, sino cuando comenzaba a caer… Entonces, su pierna derecha se disparó, y el pie fue a dar en los genitales del chino, que lanzo un berrido, se llevó las manos allí, y cayó de bruces, como un saco, víctima del espectacular tobi konde mae geri.

Los dos pies de Short llegaron al mismo tiempo al suelo, y pareció que ni siquiera había tocado éste cuando ya estaba de nuevo en el aire…, botando pasmosamente por encima de la cabeza del otro chino, que pasó disparado dando un tremendo manotazo al vacío, chocó con una de las bellas jovencitas, y cayeron los dos.

Pese a su tamaño, el chino se puso en pie a una velocidad pasmosa. Se quedó mirando a Lorne, que había caído con la felina seguridad del karateka bien entrenado. El chino lanzó un bufido, y cargó de nuevo contra él, dispuesto a no dejarse engañar esta vez.

Esta vez le fueron peor las cosas. Mientras él organizaba su ataque contando con que Lorne volvería a saltar, el budoka hizo todo lo contrario, es decir, se agachó delante mismo del chino, y disparó su puño derecho, en alucinante ura *tsuki*, el golpe a corta distancia. El puño derecho de Lorne se hundió en el voluminoso vientre del chino, que lanzó un estertor y cayó sobre él, con la boca abierta, desencajadas las mandíbulas o poco menos… Lorne lo desvió con el brazo izquierdo, y cuando pasaba junto a él volvió a

golpear, ahora con un shuto bajo la oreja del chino, que rodó por el suelo y quedó tan inmóvil como el otro.

Lorne Short se incorporó, y señaló hacia el otro lado de la granja.

—¿Nos vamos ya, señor Melnikov? —preguntó, con voz normal.

—Me parece que sí —rió el soviético—. Lo siento, Ling Shao.

—Yo no —aseguró el chino—. Esto me ha servido para comprender que estos dos hombres son unos inútiles. Los despediré en cuanto se recuperen: no quiero inútiles a mi lado. Le felicito, señor Short. Pero no le habría sido tan fácil si ellos hubiesen sido karatekas, como usted.

—Ésa es la diferencia —sonrió Lorne—: ser o no ser. Cuando no se es, resulta idiota complicarse la vida.

—Es una sentencia que no olvidaré. Adiós, señor Short: se lleva usted mi admiración.

Lorne encogió los hombros, y se dirigió hacia donde estaba el coche, rodeando la casa en lugar de cruzarla.

Un minuto más tarde, con Melnikov y Ruth en el asiento de atrás, emprendía el regreso. Ahora, al volante del «Toyota», salía el esfuerzo, siempre en forma de fino sudor que lo empapaba completamente.

—¿Cómo se las arregla, Short? —preguntó, de pronto, Melnikov.

—No lo sé. Simplemente, comprendo cuándo, dónde y cómo he de pegar. Y entonces, pego. Espero que se haya divertido, señor Melnikov.

—Pues… sí —el ruso se echó a reír—. La verdad es que me he divertido. Tenía la esperanza de que le diesen una lección, pero a fin de cuentas, su invencibilidad me beneficia a mí.

—Yo no soy invencible. Lo que ocurre es que hasta ahora sólo he encontrado enemigos inferiores.

—Esperemos que dure. Será mejor que atienda la marcha del coche: pronto será de noche cerrada.

Era noche cerrada cuando llegaron a la casa de Melnikov. Delante de ésta, bajo la amenaza de las armas que empuñaban dos de los criados, estaba el grupo contratado por Lorne para Melnikov. Se dieron las oportunas explicaciones, y el ruso señaló hacia el bungalow.

—Vaya con ellos y que se instalen debidamente. Luego, venga a

la casa, Short: tenemos ciertos detalles de estrategia que quisiera comentar con usted.

—Okay. Estoy de vuelta en cinco minutos.

En efecto, cinco o seis minutos más tarde, el yanqui entraba en la casa, y, guiado por uno de los criados, se dirigía hacia el salón. Allá, sentados juntos en el sofá, estaban Ruth y Melnikov, éste sosteniendo un bastón de un metro aproximadamente, con una punta apoyada en el suelo, y la barbilla en la otra punta, con actitud simpática.

—¿Todo ordenado y arreglado, Short?

—Así es, señor Melnikov.

—Bueno, ahora vamos a jugar usted y yo.

Lorne no se alteró. La mirada fue hacia el bastón, y luego, rápidamente, hacia Melnikov. Pero dejó dé mirar a éste cuando vio que dos de los criados se habían colocado detrás del sofá; uno de ellos empuñaba una pistola, con la que le apuntó; el otro, puso la punta de un cuchillo en la garganta de Ruth Saville. Y todavía había tres más, que, empuñando cuchillos y otra pistola, miraban fijamente al karateka.

—¿Cuál es el juego, si puedo saberlo antes de morir?

—Oh, no es tan fácil morir, Short. Sólo se trata de darle una buena paliza.

—¿Por qué motivo?

—Por el mismo motivo que no se atreve a moverse y ha quedado pálido al ver que a Ruth le pueden cortar el cuello en un instante. ¡Par de puercos estúpidos…! ¿Con quién creen que están tratando?

—No le comprendo.

—¿No? Bueno, se lo voy a explicar… No entiendo cuál es el juego de ustedes dos, pero sé muy bien el mío. Estoy realizando un trabajo especial para Rusia, y no pienso correr ni el más pequeño riesgo. En todo momento he querido hacer las cosas tan bien, que incluso me busqué una golfa como Ruth, para que los americanos no se fijasen demasiado en mí. Y parece que lo he conseguido… Pero, de pronto, me entero de que la golfa y el golfo se están besando a mis espaldas, en la granja del viejo Ling Shao… ¿No es una estupidez?

—¿Se lo dijo una de las nenas japonesas?

—En efecto. No les entiendo a ustedes… ¿Qué clase de

mentalidad tienen? Están tratando con un hombre que piensa llevar a cabo una acción de gran envergadura, y se ponen a molestarle con sus tonterías… Bien cierto es que, de todos modos, pensaba luego eliminar a Ruth si ella había llegado a oír demasiadas cosas, pero tenía la esperanza de poder utilizarlo a usted, Short. ¿Qué les ha pasado?

—No creo que nuestra historia sea más interesante que la suya… ¿Va a matamos porque nos hemos besado?

—Por supuesto. A mí nadie me toma el pelo, Short. Espero que podré prescindir de usted. Total, sólo se trata de secuestrar los petroleros Tama Maru y Nissan Maru, que están ya muy cerca de la bahía de Tokio…

—¿Muy cerca? Pero usted decía que durante quince días…

—Amigo mío, una cosa es lo que yo digo y otra cosa es la verdad. El viejo Ling Shao me ha entregado las cartas de fondos marinos que necesito, así como me ha informado de la llegada de los dos petroleros. Hace muchos años que Ling Shao está en Japón, pero jamás ha dejado de odiar a los japoneses, así que mi servicio sabía que podríamos contar con él, y fui a contratarlo. En estos momentos, el viejo buitre está esperando ver las grandes llamas que serán… como el adorno de su venganza, tan satisfactoria como si la hubiese realizado el mismo.

—¿De qué está hablando?

—Sin duda se ha preguntado varias veces para qué quiero los petroleros, ¿no es así? Pues, se lo voy a decir ahora: los quiero para llegar con ellos al centro de la bahía de Tokio, y allá, expulsar todo el crudo y prenderle fuego… ¿Te asustas, Ruth, querida?

—¡Dios mío! —gimió Ruth, tras el respingo que había atraído la atención de Melnikov hacia ella.

—¿Está loco? —Palideció aún más Lorne—. ¿Se da cuenta de lo que puede pasar si usted hace eso, Melnikov?

—«Señor» Melnikov —corrigió éste, caminando hacia Lorne—. Y me doy perfecta cuenta de lo que voy a hacer. Espero que los japoneses reflexionaran mucho otra vez antes de acoger a pilotos rusos, o cualquier otra acción parecida que perjudique a Rusia y beneficie a Estados Unidos u otro país.

—¡Santo cielo…! ¡Debe estar bromeando! ¿Va a incendiar la carga de dos petroleros en plena bahía de Tokio como… represalia

por el asunto del teniente Belenko, el piloto que se fugó de Rusia con un «
Mig-15
» y que aterrizó en Japón? ¿Trabaja para el servicio secreto soviético?

—No exactamente. Pero tengo una cuenta pendiente con los japoneses, explicarla ahora no viene al caso. Ahora lo van a pagar: lo mío y lo hecho a mi país. Nunca sabrán de dónde les llega el golpe, pero lo van a pagar caro: ¿se imagina doscientas cincuenta mil toneladas de petróleo en crudo ardiendo en la bahía? Espere Creo que son más: quizá unas doscientas ochenta mil Puede que incluso lleguen a las trescientas mil. ¿Se lo imagina, Short?

—Vamos, Melnikov, sea juicioso… Si hace eso, hasta sus propios compatriotas se le echarán encima. Va a dejar toda la costa de la bahía convertida en un estercolero, va a causar averías, perjuicios y daños incalculables, y por supuesto, morirán muchas personas en la bahía, alcanzadas por el fuego. Incluso puede que usted mismo…

—Yo sé cómo escapar del infierno, Short. Sí, voy a matar a mucha gente, quemar barcos, provocar accidentes de todas clases, arruinar la bahía de Tokio por bastante tiempo… ¡Eso es exactamente lo que voy a hacer esta noche!

—¿Ésta… noche? —Se estremeció Lorne.

—Esta misma noche. Pero hay tiempo. Antes, voy a darle a usted una paliza que no olvidará mientras viva. Lo cual puede que dure algún tiempo, Short. No me fío de usted, así que voy a darle una paliza, y luego, cuando toda la bahía sea una gigantesca hoguera, vendré a recogerlo para llevármelo a un lugar donde le serán debidamente ajustadas las cuentas. Y lo mismo esta cretina… ¡No comprendo cómo las mujeres pueden ser tan estúpidas! ¿Acaso no estabas bien conmigo, Ruth, querida?

Ruth Saville no contestó. Melnikov hizo un gesto de indiferencia, y avanzó más hacia Lorne, que musitó:

—¿Conoce usted la técnica del bo-jutsu? (*Técnica del empleo del bastón, auxiliar de las Artes Marciales*).

—No conozco ninguna de esas técnicas que tanto gustan a los tipos como usted. Simplemente, tengo un palo que le voy a romper en las costillas, yanqui asqueroso… Y si intenta alguna de sus habilidades contra mí, bueno será que se prepare a recoger del

suelo la cabeza de Ruth… ¿Lo entiende?

Lorne se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Miró a Ruth, que, a su vez, lo miraba a él con los ojos muy abiertos. ¿Era verdad todo lo oído? ¿O era alguna jugada entre Melnikov y Ruth…, una jugada que él no podía entender?

Vitali Melnikov comenzó a utilizar el bastón. Y en el acto, Lorne Short comprendió que el ruso le había mentido: conocía perfectamente el bo-jutsu. Lo supo en cuanto recibió el primer golpe con el bo, o bastón. Fue un golpe que iba destinado a su rostro, pero que él pudo esquivar, y recibirlo, en cambio, en un hombro.

¿Por qué había mentido Vitali Melnikov? ¿Por qué decir que no conocía ninguna de las técnicas de lucha cuando estaba demostrando lo contrario?

El segundo golpe lo recibió Lorne en el costado derecho, cuando había iniciado la esquiva porque parecía que de nuevo Melnikov pretendía golpearle en la cabeza. El tercer golpe no dejó lugar a dudas respecto a la habilidad de Melnikov en el bo-jutsu. Lo aplicó utilizando el palo de punta, como una lanza, y hundiéndolo en el estómago de Lorne, que apenas pudo contener un bufido. Tenía los puños apretados, y sabía que con un solo golpe bien aplicado, con el atemi adecuado podía matar al ruso sin el menor esfuerzo ni dificultad. Pero había comprendido muy bien la situación: o se dejaba apalear al gusto de Vitali Melnikov o la pelirroja Ruth Saville sería degollada.

¿Y si estaba haciendo el tonto por una mujer que no valía ni el esfuerzo de mirarla? ¿Y si ella, en aquellos momentos, se estaba divirtiendo viendo cómo aguantaba los bastonazos…?

¡Chap!, chascó el «bo», ahora en su mejilla derecha. El golpe fue tan fuerte que Lorne tuvo la sensación de que su carne se abría bajo el contacto de una brasa. Su cabeza osciló, todo el cuerpo pareció ir tras ella… y se encontró de rodillas en el suelo. El siguiente golpe lo recibió en lo alto de la cabeza, que pareció llenarse de luces y estallar al mismo tiempo. Se llevó las manos al lugar golpeado, intentando protegerlo de sucesivos golpes, y entonces sucedió lo que temía: Melnikov volvió a golpearle en el estómago.

Lorne se puso en pie, cruzando los brazos ante el rostro todavía…, y lanzó un aullido cuando el «bo» golpeó en su rodilla derecha. Un instante más tarde, recibía idéntico golpe en la rodilla

izquierda. El dolor era espantoso, pero resistió de pie… Frente a él, sonriendo malignamente, Vitali Melnikov comenzaba a irritarse, porque no estaba consiguiendo su principal objetivo: oír gritar de dolor a Lorne Short, suplicar compasión, llorar incluso…

¡Crock!, resonó la cabeza de Lorne al recibir el bastonazo en la sien derecha. Pareció que el mundo se oscurecía completamente, que todas las luces se apagaban. La cabeza giró, estalló… Lorne Short se encontró acto seguido caído de bruces en el suelo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Un año, dos, mil…? Él no lo sabía, pero sólo habían transcurrido tres segundos desde que recibiera el golpe.

Apoyó las manos en el suelo…, y un pie cayó duramente sobre la derecha, haciendo crujir los huesos. Era imposible que un hombre no lanzase un grito de dolor ante aquello, y Lorne lo lanzó.

—¡Eso es! —Rió Melnikov—. ¡Grita, grita, grita…!

Como clavado al suelo, Lorne recibió en la espalda el siguiente bastonazo, pero ya no gritó… Recibió un puntapié que le hizo girar, y aprovechando el giro que le alejó de Melnikov comenzó a ponerse de nuevo en pie. Desde la mano derecha, un dolor de infierno subía por el brazo y se extendía por todo el cuerpo. Le dolían las rodillas, el cuerpo, la cabeza; en la mejilla sentía como una brasa cada vez más ardiente.

¡Chack, chack, chack!, crujía el «bo» en su cuerpo…

Por fin tuvo suerte, en realidad: un golpe le acertó en un lado del cuello, y perdió el conocimiento instantáneamente.

Recogida en el sofá, encogida, hecha un ovillo, Ruth Saville dejó de sollozar cuando captó el cese de los golpes y solamente oyó el jadear de Vitali Melnikov. Retiró las manos de su rostro cubierto de lágrimas, y al ver a Lorne tendido en el suelo gimió de nuevo, y se abalanzó hacia él, quedando arrodillada a su lado, contemplándolo con ojos desorbitados, que volvió acto seguido hacia el ruso.

—Asesino… ¡Asesino, asesino, asesino…!

—No está muerto —jadeó Melnikov—. Todavía no he terminado con él, querida. Volveré, te lo aseguro —se volvió hacia sus hombres.

—Atadlo. Y cuidad que muera. Os quedaréis tres de vosotros con él, los demás, tenemos que salir ya. Voy a avisar a los demás.

Melnikov tiró el bastón a un lado, se pasó una manga por la frente, y acto seguido su mirada quedó fija en Ruth, que abrazaba

contra su pecho al desvanecido karateka, sollozando. El ruso apretó los labios, dio un paso, y disparó su pierna derecha. Ruth lanzó un alarido, su rostro se desencajó, sus ojos se desorbitaron de nuevo, y rodó por el suelo.

Vitali Melnikov la estuvo contemplando unos segundos. De pronto, dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta. Salió de la casa, y fue hacia el bungalow, limpiándose el sudor con un pañuelo. No quería que nadie se diese cuenta de que acababa de realizar un «esfuerzo».

Cuando llegó al bungalow, había varios hombres afuera, sentados en el suelo, fumando y conversando desganadamente.

—¡Weitzer! —llamó.

Un hombre de raza blanca, alto, macizo, de cabeza cuadrada y hombros colosales apareció rápidamente, procedente del interior del bungalow.

—Diga, señor Melnikov.

—Preparaos todos: dentro de diez minutos salimos con la lancha.

—¿Ha llegado el momento?

—Así es. Diez minutos.

—Descuide, estaremos allá en ese tiempo.

Un japonés se adelantó hacia Melnikov.

—Señor Melnikov… —habló en buen inglés—. ¿Y Lorne?

—Lorne tiene algo especial que hacer.

—¡Ah! Bueno, como él dijo que íbamos a luchar juntos en algo que valía la pena…

Y valdrá la pena. Pero cada cual hace siempre lo que mejor sabe hacer. En mi opinión, Short es lo bastante inteligente para encargarle de algo especial. ¿No están de acuerdo ustedes, sus amigos?

—Sí, señor —sonrió el japonés.

—Entonces, ustedes siete, hagan simplemente lo mismo que los demás, a las órdenes directas de Weitzer. Short se reunirá con nosotros en el momento oportuno. Eso es todo.

—Sí, señor. Ya verá como queda usted contento de nosotros y de Lorne, señor Melnikov…

CAPÍTULO IX

Lejos, muy lejos, se oía algo rítmico y poderoso. Mientras despertaba, inconscientemente supo Lorne Short que aquello que oía era un motor. Pero no de coche. Era más poderoso… Supo lo que era al mismo tiempo que se le aclaraba completamente la visión: era una embarcación. ¡La gran lancha de Melnikov!

—Lorne…, Lorne, amor mío…

El budoka desvió la mirada; dejó de ver el techo para ver ahora el rostro demudado de Ruth Saville.

—Hasta ahora… no me doy cuenta… de que tienes pecas… —murmuró Lorne.

Ruth rompió a llorar. Lorne intentó incorporarse, pero no le fue fácil. Tenía las manos atadas a la espalda, y eso dificultaba sus movimientos. En el acto captó la presencia de otras personas en el salón de la casa de Melnikov: tres de sus criados. Uno de ellos, sentado en un sillón, tenía la pistola en la mano, y le miraba sonriendo de un modo que a Lorne le pareció odioso. Los otros dos estaban de pie, tranquilos. No parecían tener ningún arma, pero Lorne sabía que, cuando menos, tenían un cuchillo oculto en sus ropas. De todos modos, no era una vigilancia tan férrea como Melnikov podía haber colocado allí; puesto que disponía de suficientes armas, según parecía…, ¿por qué no estaban armados de pistolas los tres hombres? ¿O si lo estaban, pero sólo uno la exhibía?

Volvió la cabeza hacia Ruth.

—Deja de llorar —pidió—. ¿Cuánto hace que ocurrió todo?

—Quince… o veinte minutos. ¡Oh, Lorne, te golpeó tanto que…!

—Olvídalo —dijo sosegadamente Lorne, que comenzaba a percibir el terrible dolor en su mano derecha sobre todo—. ¿Se ha marchado Melnikov?

—Sí… Hace un minuto he oído la lancha. Melnikov fue a hablar

con esos hombres, y luego volvió para dar las últimas instrucciones a éstos. Van… van a buscar los dos petroleros; me parece que esperarán a que entren en la bahía para atacarlos. Vitali dijo que tenían tiempo de prepararlo todo muy bien, porque los petroleros no llegarían al lugar donde quiere atacarlos hasta cerca del amanecer.

Lorne Short asintió, sombrío.

—¿Qué tengo en la cara? —musitó.

—Tienes… tienes una señal hinchada y oscura, y sangre en la cabeza… ¡Oh, Lorne!

El karateka quiso sentarse mejor, cruzando las piernas, y casi no pudo evitar el grito de dolor en cuanto dobló las rodillas. Palideció intensamente, y quedó inmóvil, cerrando los ojos. Oyó las risitas, y los abrió. Los tres criados de Melnikov le miraban, risueños. Seguramente, lo habían pasado estupendamente viendo aquella paliza a bastón. Lorne volvió a recordar: ¿había valido la pena dejarse apalizar para evitarle daños a Ruth Saville? ¿Valía ella la pena, realmente?

—No llores más, por favor —gruñó—. Y vamos a sentamos en el sofá: estaremos más cómodos.

Ruth se puso en pie, y ayudó a Lorne a hacerlo. El budoka sentía un terrible dolor en las rodillas, pero, cuando caminó hacia el sofá, todavía pareció estar mucho peor, en un simulacro de inutilidad física que quizá engañase a los tres criados y, más adelante, diese resultados. Por dos veces, simuló estar a punto de rodar por el suelo; parecía talmente que las piernas no pudiesen sostenerle… Por fin, consiguió llegar al sofá, vacilante, emitiendo breves gemidos de dolor que parecía no poder contener. Ruth se sentó a su lado, y se quedó mirándolo.

—¿Por qué me miras así? —Masculló Lorne—. ¿Acaso esperas que haga algún milagro?

—Sólo… sólo estoy muy preocupada por ti… Lorne, estás muy mal, tienes… tienes la cara hinchada, y… quizá tengas rotos algunos dedos de la mano derecha…

Lorne asintió con un gesto, y permaneció silencioso durante más de dos minutos. De pronto, miró a Ruth.

—¿De modo que no me has mentido?

Ella le miró vivamente.

—¿En qué, Lorne?

—¿Realmente no estás de parte de Melnikov?

—Lorne, te dije la verdad… ¡En todo momento te he estado diciendo la verdad!

—En cambio, yo, te he mentido —murmuró él—. No es cierto que sea un agente de la CIA.

—¡Oh!

—No. Te lo dije esperando que fueses a contárselo a Melnikov, y de este modo, yo estaría seguro de que me estabas mintiendo… De otro modo, no te habría permitido que continuases con él dispuesta a todo, incluso a pasar la noche a su lado.

—¿No habrías actuado del mismo modo?

—Cada vez que… —Lorne suspiró profundamente cada vez que él te besaba en el coche, sentía deseos de matarlo, Pero estaba convencido de que tú me mentías, y quería llegar hasta el final, para saber lo que iba a hacer Melnikov con esos petroleros… si yo se lo permitía. Ahora, toda oportunidad ha pasado. Sé lo que pretende Melnikov, sé que tú no me mentiste…, y sé que todo lo que nos espera es la muerte, muy pronto. Lo siento, Ruth.

Ella le miraba como hipnotizada.

—Lorne…, Lorne, ¿quieres decir… que me perdonas… toda mi vida anterior…?

—¿Perdonarte? —Se sorprendió Short—. ¿Con qué derecho?

—¿Qué… qué…?

—Tu vida es tuya, Ruth, no mía. Ni ahora, ni antes. Debo suponer que si estabas haciendo algo que no te gustaba realmente, has sufrido. Entonces, puedo sentir compasión por ti, pero no perdonarte, ya que yo no tengo nada que perdonar.

—Pe… pero… esos… esos hombres que…

—¿Qué clase de mentalidad crees que tengo?

—¡Oh, Dios mío…! ¡No lo sé!

—Pues intentaré explicártelo a mi manera: ¿te parece una muestra de inteligencia suponer que toda la fidelidad de una persona hacia otra está en el cuerpo? ¿O quizá te parece que el cuerpo es lo único que vale la pena? Porque si es así, Ruth, no veo que tu cuerpo esté… tarado o menoscabado. Reflexiona tú misma: ¿qué sufre en ti pensando en lo que has hecho? ¿Tu cuerpo… o tu espíritu?

—Lorne…, Lorne, no lo sé… pe… pero… pero sé que… que mi cuerpo no… ha sufrido ni sufre… ¡Pero quisiera no haber conocido más hombre que tú!

—Eso —sonrió el budoka— no es más que la consecuencia de un sistema de educación social, no una realidad que deba ser tenida en cuenta. Todas las cosas tienen la importancia que las personas queremos darles. Hay razas que consideran la virginidad como algo esencial; en cambio, hay otras que no admitirían de ninguna manera la virginidad en una boda. ¿Sabías que algunos pueblos de África tienen la costumbre de que la virginidad de las novias se la lleven forasteros, desconocidos, y en general gente considerada como apta solamente para trabajos rudos? Para el novio, sería rebajarse acceder a ese trabajo… denigrante.

—No… no estás hablando en serio…

—Completamente en serio. De modo, Ruth, que olvida tu cuerpo y pregúntate si tu mente está limpia. Y si no lo está ahora, piensa en el modo de que lo esté en el futuro.

—Dios mío… ¿Qué futuro, Lorne?

—El nuestro…, si es que llegamos a tenerlo, claro.

—Nuestro futuro —gimió Ruth Saville—. ¿Estás diciéndome que serías capaz de… de compartir tu futuro… conmigo?

—Digamos que se puede intentar. Si no resulta bien, nada ha ocurrido que deba amargamos la vida. Una limpia despedida y eso sería todo. Los dos seguiríamos igual, y, ciertamente, no creo que tú perdieses tu hermosura.

—Eres… un hombre tan extraño. Lorne… ¡Tan extraño!

Lorne la miró sorprendido.

—¿Yo soy extraño? Bien, en ese caso te sorprenderá saber que yo considero raros a los demás, por no hacer lo que hago yo.

—¿Y qué… qué haces tú…?

—Vivo de acuerdo a mis verdaderos impulsos y emociones, dejando que los demás hagan lo mismo…, si es que saben.

—¿Y tú sabes? ¿De verdad tú sabes?

—Sí, lo sé, desde que un hombre me lo enseñó. Nosotros no somos nada, por fuera, realmente. Un simple cuerpo, al que le pueden ocurrir muchas cosas, buenas o malas. Pero nuestra verdadera valía está dentro de nosotros, en nuestro espíritu. Entonces, debemos mantener siempre la estabilidad, la calma; nada

del exterior debe afectamos en nuestro interior. Hagamos lo que hagamos, ocurra lo que ocurra, el espíritu debe conservar la serenidad, que es la forma más bella de vivir. Conócete a ti mismo, y vive de acuerdo a ese conocimiento, no permitas que nada ni nadie altere tu espíritu: mizu no kokoro. Nuestro espíritu debe ser siempre, siempre, tranquilo y amable, como el agua que duerme, reflejando el cielo. Puede que alguien venga y remueva las aguas, pero eso no importará, porque sea como sea, seguirán reflejando el cielo. Eso es lo que debe importarle al agua, no que la remuevan, porque al poco tiempo, volverá a estar quieta. Nada ha ocurrido. Nada importante. Entonces, ¿por qué perder la placidez? Lo más sensato, es permanecer siempre con la misma calma, como si nada ocurriese, porque en realidad, nada ocurre, si nosotros conservamos la calma.

Ruth Saville le contemplaba completamente fascinada. Los tres criados de Melnikov, que evidentemente entendían el inglés a la perfección también miraban con extraña fijeza al budoka. Los dos que estaban de pie se acercaron uno al otro, y cambiaron un comentario en voz baja, seguramente en japonés, que Lorne no consiguió oír.

Por fin, Ruth suspiró, y preguntó:

—¿Debo entender que me amas? ¿A pesar de todo?

—A pesar de nada. En el mismo momento en que vi tu fotografía, te amé, y eso es todo. Pero eso no podía cambiar mi espíritu: sólo, mi vida exterior. Y eso es lo que está ocurriendo.

—¿Y dentro de ti… todo continúa igual?

—Por supuesto.

—¿Quieres decir que te da lo mismo morir que vivir conmigo y con mi amor por ti?

—No, no… Pero aceptaré con la misma serenidad una cosa que otra.

Ruth Saville quedó pensativa. De pronto, sonrió luminosamente.

—Lorne, yo debo ser muy lista, porque en cuanto te vi, sentí una cosa… especial. Pese a que me tocaste tan groseramente el pecho, a tu aspecto y modales…, supe que estaba viendo… algo especial para mí. No veía realmente a un hombre barbudo y grosero… ¿Crees que es posible que en aquel mismo momento, pese a todo, yo pudiese ver tus aguas dormidas? ¿Y que en el acto pensase que

había llegado… a la meta de mi carrera por la vida?

—Se puede ver y comprender más en un segundo que en un millón de años. Ese segundo pudo llegar para ti, en efecto.

—¿Es por eso, entonces, que me siento tan feliz si pienso que puedo estar siempre para siempre contigo?

—Seguramente es eso.

—Lorne: eres el hombre más extraordinario que he conocido en mi vida.

Como un relámpago, la imagen de *Sensei* pasó por la mente de Lorne Short, que se limitó a sonreír, prietos los labios. ¿Él era extraordinario? Entonces…, ¿qué era el Maestro? ¿Cómo debían ver a un hombre como *Sensei* las personas que no habían comprendido nada de nada? Pero, a fin de cuentas, las personas que no entendían nada de nada era porque nada se les había explicado, y, lo que se les había explicado, era todo falso y acomodaticio. Lo cual nunca haría *Sensei* con sus discípulos, nunca. Porque a fin de cuentas, *Sensei*, el Maestro, es el hombre que enseña a sus discípulos a vivir en paz y con honor con nosotros mismos y con los demás; el hombre que nos lo enseñará todo; el hombre que jamás nos mentirá ni nos traicionará; el hombre en el que podremos confiar por todo y en todo, y por encima de todo, hasta la misma muerte; el hombre que será un poco nuestro padre, nuestro hermano, y un mucho y para siempre nuestro amigo verdadero, y del que sólo recibiremos, siempre, beneficios…

Pero ¿acaso podía terminar todo aquí? Lorne Short sabía que no. Sabía que esos mismos beneficios, en la medida de sus pobres posibilidades, debía él otorgarlos a su vez a otras personas que estuviesen necesitados de ayuda. Como Ruth Saville, por ejemplo.

—¿Qué estás pensando, Lorne?

La miró y sonrió. Encogió los hombros.

—Pienso que tengo una gran responsabilidad en estos momentos. Al parecer, soy la única persona que está en conocimiento de los planes de Melnikov, y, por tanto, la única que puede hacer algo por impedirlo. Sin embargo, si me muevo, estos hombres me matarán. Y no me preocupa por la muerte en sí, sino porque sé que, de un modo u otro, tanto si permanezco inmóvil y prudentemente vivo, como si me hago matar en mi intento por escapar, el resultado será el mismo: Melnikov incendiará en plena

bahía de Tokio cerca de trescientas mil toneladas de petróleo crudo. Lo que traerá terribles consecuencias para muchas personas inocentes: pescadores, marineros, cargadores, posiblemente turistas… Gente de toda clase. Y la bahía quedará arruinada durante mucho tiempo. Eso, sin contar los perjuicios económicos para Japón, claro está. Pero, sobre todo, están esas vidas humanas, quizá miles… Me siento responsable de todo eso, Ruth… ¡Y no puedo hacer nada!

Ruth Saville se quedó mirándolo fijamente. Luego, bajó la mirada y permaneció así unos segundos, antes de cerrar los párpados dulcemente, con el gesto de quien se duerme. Lorne Short la contempló sorprendido, pero…, ¿qué podía objetar?

En el salón de la casa de Vitali Melnikov se hizo un silencio que, poco a poco, pareció ir espesándose. Short cerró también los ojos, y se relajó. A los pocos minutos, entreabrió los párpados y fue mirando a los tres japoneses que los vigilaban. Al poco, uno de ellos se sentó en el suelo y cruzó las piernas. El otro lo miró, miró a su compañero del sillón que empuñaba la pistola, y a los pocos segundos abandonó el salón. Lorne miró al de la pistola, y comprendió que en aquel momento no podría sorprenderlo, y menos, teniendo las manos atadas a la espalda. Al poco rato, regresó el japonés que había salido, con una bandeja con comida, y los tres se dedicaron a comer. Ruth parecía profundamente dormida. Lorne Short mantenía cerrados los párpados hasta el límite que le permitía seguir viendo a los tres japoneses. Mejor que comiesen, porque luego, con el silencio y la digestión, se irían relajando. Quizá incluso se adormilasen lo suficiente para poder sorprenderlos.

Pasó una hora.

Dos.

Tres.

Lorne incluso había dormido a ratos, realmente. Junto a él, Ruth parecía sumida en el más profundo sueño. Frente a él, el japonés de la pistola se mantenía completamente despierto, alerta. En cambio, los otros se estaban relajando, daban cabezadas. Lorne Short comenzó a calcular la posibilidad de un ataque victorioso. Tenía que ser victorioso, porque morir no le serviría de nada a él ni a nadie.

—¡Ahora, Lorne! —gritó Ruth Saville.

Posiblemente, Lorne Short se sorprendió más que los japoneses, pero, también, su reacción fue mucho más rápida. En una milésima de segundo, mientras Ruth Saville saltaba de pronto hacia el japonés que empuñaba la pistola, Lorne comprendió que había que seguir la sorprendente jugada de Ruth, jugarse el todo por el todo. No habría ninguna otra oportunidad.

Gritando, Ruth Saville corría hacia el japonés de la pistola, que lanzó un grito de sobresalto, se puso en pie, apuntó a Ruth, y apretó el gatillo de la pistola.

¡*Crack*!, crujió el disparo, retumbando con fuerza en el salón. Ruth Saville lanzó un grito de dolor, se llevó las manos al pecho, y rodó por el suelo, hacia los pies del japonés, que lanzaba ahora la mirada de sus desorbitados ojos hacia Lorne Short… el cual estaba ya en el aire en un salto que hizo gritar de incredulidad a los otros dos japoneses, que se estaban poniendo en pie sacando sus cuchillos.

Antes de que el dedo del japonés se crispase por segunda vez en el gatillo, Lorne Short llegó a su objetivo. Completamente suspendido, con las manos atadas a la espalda, dolorido todo el cuerpo, disparó su demoledor mae Geri. Su pie derecho acertó al japonés en la barbilla, que se partió como si fuese de galleta, y, con el movimiento de vibración, partió la base del cráneo, de modo que el hombre cayó hacia atrás, de nuevo sobre el sillón, fulminantemente muerto.

Como un gato, Lorne Short cayó al suelo, giró, y esquivó con un salto lateral el ataque de otro de los japoneses. El cuchillo pasó rozando su cuerpo, mientras él giraba aún más y alzaba de nuevo su pierna derecha, disparando un yoko geri fantástico: la pierna subió, el pie alcanzó en la nuca al japonés tras describir un semicírculo y se oyó el crujir de las vértebras; el japonés continuó su carrera unos tres metros más, antes de caer de bruces y deslizarse por el suelo, con su propio cuchillo clavado en la garganta de modo inverosímil…

De nuevo giró Lorne Short…, a tiempo de ver al otro japonés dispuesto a lanzarle el cuchillo. En el mismo momento en que lo hacía, Lorne flexionaba las piernas; por encima de su cabeza pasó el cuchillo, silbando, y al mismo tiempo que Lorne distendía las

piernas saltando hacia el japonés, en el salón crujió otro disparo de pistola, fuertemente. El japonés gritó, se llevó las manos al vientre, pareció que fuese a caer hacia delante, y, finalmente, se desplomó de espaldas, con los ojos muy abiertos.

Pero quizá no tan abiertos como los de Lorne, que miró a Ruth, desencajado el rostro. Corrió a arrodillarse junto a ella, que estaba ahora de bruces, empuñando todavía la pistola con ambas manos.

—Ruth… ¡Ruth, no has debido hacerlo, yo estaba esperando el momento…!

La muchacha se relajó, sus dedos soltaron la pistola su cuerpo giró quedando boca arriba. Lorne Short palideció al ver la mancha de sangre en el pecho de la muchacha.

—Quería… ayudarte a hacer algo… algo que fuese bueno e importante… en mi vida, Lorne… Ve en busca de… de ese asesino… No permitas…

—Ruth, mi amor…

Una dulce y luminosa sonrisa apareció en los labios de Ruth Saville.

—No te preocupes… por mí —temblaron sus labios tras la sonrisa—. Estoy bien… Me siento… tranquila… como el agua… dormida…

La cabeza colgó flojamente a la derecha. Lorne miró a todos lados, desesperado. Vio uno de los cuchillos, en el suelo, y fue a dejarse caer junto a él, hasta que consiguió agarrarlo con sus atadas manos. Luego, colocándose de espaldas a un mueble, clavó con fuerza el cuchillo, y acto seguido utilizó el filo para cortar las cuerdas. Ya libre, corrió de nuevo junto a Ruth, y le puso dos dedos en un lado del cuello. Todavía estaba viva.

Sin vacilar ni un instante, Lorne Short se abalanzó hacia el teléfono.

CAPÍTULO X

Vitali Melnikov cerró la pequeña radio con la que había sostenido contacto en inglés con personas desconocidas, y, sonriendo secamente, miró su reloj de pulsera. Eran casi las cinco de la madrugada: la hora en que por fin, según las noticias recibidas, los petroleros japoneses Nissan Maru y Tama Maru habían entrado en la bahía de Tokio; estaba claro que la idea de los respectivos capitanes era llegar al puerto de bombeo al nacer el día.

Todavía con la seca sonrisa en los labios, Melnikov salió a cubierta, donde, ateridos de frío, esperaban sus hombres, que lo miraron vivamente. Estaban hacía horas allí, al pairo, con las luces apagadas, expuestos al frío y también al rigor de las autoridades navales japonesas. Pero nada había ocurrido…, salvo el frío.

—Todos preparados —dijo Melnikov—. Los petroleros están ya navegando por el estrecho de Uraga. Antes de una hora estarán a la altura de Yokohama, y será entonces cuando atacaremos. ¿Todo está a punto?

Hubo murmullos de asentimiento, y se oyó ruido metálico. En la relativa oscuridad, pues Tokio resplandecía tras ellos, relucían las modernísimas metralletas, y se veían las cuerdas de nylon con los ganchos en los extremos.

—¿Y Lorne? —Se alzó una voz.

—Pronto llegará —dijo Melnikov—. Revisadlo todo y estad preparados. Si los petroleros navegan a más velocidad, los tendremos aquí en media hora. Recordadlo bien: nada de disparos, a menos que sea absolutamente necesario. Por eso os he ido seleccionando, ya que para disparar, no hacía falta buenos luchadores. Espero que esté bien entendido.

De nuevo hubo murmullos de asentimiento. Melnikov asintió a su vez, y regresó al interior de la lancha. Utilizó el radioteléfono para llamar a su casa de la playa. Ahora, había que hacer la parte

final, y el asunto sería de una envergadura verdaderamente diabólica… El teléfono estaba sonando, pero nadie contestaba. Oía perfectamente el timbrazo, una y otra vez: ¡Trilíiiiinng… trilíiiinngggg… trilíiiiinnngggg…!

—¡Qué demonios…!

Pulsó la horquilla, y volvió a pedir su número con todo cuidado, asegurándose de que no se equivocaba él y rogando a la radiotelefonista de la central que se asegurase también. De nuevo estuvo escuchando el timbre del teléfono, una y otra vez. Todavía insistió por tercera vez, con el mismo resultado. Colgó, y se pasó una mano por la barbilla, preocupado. ¿Por qué no contestaba Jisuo? Bueno, de todos modos él sabía lo que tenía que hacer, pero… Encendió un cigarrillo, y volvió a mirar la hora. Llamaría a Jisuo un poco más tarde.

De nuevo miró su reloj y asintió con un gesto. Utilizó ahora la radio de dotación reglamentaria de la lancha, y esta vez no tuvo problemas. Consiguió el contacto, y sonrió cuando oyó la voz, en japonés:

—Adelante: «Salmón» a la escucha.

—Soy «Morsa» —dijo, también en japonés—. Hemos terminado de reparar la avería. Emprendemos el regreso dentro de veinte minutos como máximo.

—Estupendo, «Morsa». Te estaremos esperando. ¿Algo más?

—No. Cambio y fuera.

Cortó el contacto, aliviado. Todo iba bien: el helicóptero pasaría a recogerlo en el momento oportuno.

Es más, en aquel mismo momento el piloto debía estar recibiendo las instrucciones para pasar a recogerlo en el centro de la bahía. Y los hombres-rana, por supuesto estaban ya saltando al agua desde el pesquero…

Oyó las recias pisadas y se volvió. Weitzer apareció con actitud excitada.

—¡Señor Melnikov, ya se ven las luces de los petroleros!

—¿Ya? ¿Estás seguro?

—¡Tienen que ser ellos!

Melnikov corrió a la cubierta. Apenas aparecer, vio hacia el sur, los dos conjuntos de luces, señalando la posición de los dos enormes petroleros. Exactamente uno de ciento treinta mil toneladas y el

otro de ciento sesenta mil. Todavía tardarían no menos de diez minutos en estar a su altura. Desde luego, navegaban a buena velocidad, aunque pronto tendrían que reducirla.

—Todos preparados.

Nadie dijo nada. Dirigió una mirada a sus hombres. Habían colgado las metralletas de sus cuellos, y cada uno tenía una de las cuerdas con nudos y con garfios en un extremo. Gente dura, que sabría hacer las cosas, sin duda alguna. Abarrotados en la cubierta, veintidós aventureros esperaban el gran momento. Ellos no sabían que los petroleros serían incendiados, creían que solamente se trataba de apoderarse de ellos… ¡Pobres desdichados, si supiesen la suerte que les esperaba!

Había un levísimo oleaje, que chascaba suavemente contra los costados de la lancha. Las luces se iban acercando, las moles del Nissan Maru y del Tama Maru se iban distinguiendo perfectamente.

Habían transcurrido seis o siete minutos cuando comenzaron a oír todos el rumor del helicóptero. Melnikov buscó en la semioscuridad al japonés amigo de Lorne Short.

—¿Preguntabas por Lorne Short? Ahí lo tienes, haciendo su parte. Nos reuniremos con él en la cubierta del Nissan Maru, el petrolero más grande.

—Entendido, señor Melnikov.

Acto seguido, el japonés se puso a hablar con sus seis amigos, en murmullos. Hubo gestos de asentimiento, de aceptación: si Lorne Short llegaba, quería decir que todo iba bien, que el americano seguía en la brecha siguiendo las directrices de *Sensei*.

—De acuerdo —dijo, de pronto, Melnikov—, vamos allá. Doce hombres al grande, diez al otro.

Se acercó al hombre que pilotaba la lancha, y le dio las instrucciones pertinentes Los motores de la lancha se pusieron en marcha, la embarcación se puso en movimiento, suavemente, directa hacia los petroleros.

Llegaron a ellos en menos de un minuto. Era absolutamente impresionante navegar junto a uno de aquellos monstruos…, que ya se estaban quedando pequeños y anticuados según los modernos conceptos del transporte de petróleo. Había ya navegando petroleros de hasta quinientas mil toneladas, y se decía que los japoneses precisamente estaban construyendo petroleros de un

millón de toneladas. ¡Un millón de toneladas! ¡Aquélla sí que habría sido una buena presa!

—¡Ya! —gritó Melnikov.

El monstruo era demasiado grande. Desde arriba, no parecía que hubiesen visto la insignificante lancha navegando a oscuras… Se oyeron jadeos, los garfios fueron impulsados con fuerza hacia lo alto. Los veintidós, para aprovechar los doce primeros… De los veintidós garfios, solamente seis alcanzaron la borda del petrolero, a más de seis metros de altura. Seis hombres comenzaron a subir por las cuerdas con nudos, con agilidad, con potencia. Los otros garfios rebotaron en la lancha, algunos se hundieron en el agua. Pero todos fueron recogidos, y de nuevo lanzados hacia arriba. Uno de los hombres que ya subía lanzó una maldición, pero eso fue todo. Esta vez fueron nueve los garfios que se clavaron en lo alto.

—¡Sólo seis más! —Advirtió Melnikov—. Y dejad caer los garfios cuando lleguéis arriba.

La ascensión fue rápida; aún no habían llegado arriba la segunda tanda de hombres cuando desde la borda comenzaron a caer los primeros garfios.

—¡Vamos, vamos, más deprisa! —instó Melnikov.

Como simios, los seis hombres de la segunda tanda llegaron arriba. Todavía no se oía nada, nadie se había dado cuenta del abordaje. Los garfios cayeron, y Melnikov dio la orden para que la lancha navegase ahora a toda prisa hacia el segundo petrolero, el más pequeño, donde realmente debía ser, él, recogido por el helicóptero, que zumbaba por encima de ellos. Precisamente debía ser debido a eso que los dos petroleros no se daban cuenta de nada: debían estar contemplando con curiosidad el helicóptero, preguntándose qué hacía por allí, qué podía significar su presencia por encima de ellos.

El segundo petrolero navegaba a un par de millas a popa y estribor del primero. La lancha llegó junto al casco en menos de un minuto, tras virar para navegar paralelamente. Los garfios fueron lanzados inmediatamente, y en pocos segundos todos los hombres, incluido Melnikov y el que hasta entonces había estado gobernando la lancha, estaban subiendo por las cuerdas con nudos.

Fue entonces cuando hasta ellos comenzaron a llegar los estampidos de los disparos, procedentes del otro petrolero.

Melnikov lanzó una maldición.

—¡Pronto, arriba! ¡Hay que ordenar que se detenga el petrolero!

En cuestión de segundos, alcanzaron la borda, y un instante después, caían sobre cubierta. En el petrolero se oían voces ahora, como amortiguadas. En el otro volvieron a sonar algunos disparos de metralleta. Era sorprendente la nitidez con que se oían a dos millas de distancia.

—¡Dos al puente de mando! —Gritó Melnikov—. ¡Ordenad que se detengan!

—No —dijo una voz junto a él—. No haremos nada de eso hasta que llegue Lorne y nos autorice, señor Melnikov.

—¿Queeeé…? —Rugió el ruso—. ¡Puerco asqueroso, haz lo que os digo!

—No señor. Si Lorne no nos dice…

—¡Matadlo! —Aulló Melnikov—. ¡Matad a este idiota! ¡Haced lo que…!

Melnikov lanzó un berrido cuando un pie se hundió entre sus ingles, produciéndole un dolor espantoso. Saltó en el aire como una pelota, y cayó de rodillas, como tronchado por el insoportable dolor.

Weitzer, que acompañaba a su jefe, lanzó una exclamación, y apercibió la metralleta para disparar contra el japonés que había golpeado a Melnikov. Ni siquiera llegó a terminar el gesto: otro japonés, que estaba junto a él, movió el brazo derecho, con un gesto fácil, elegante, con el codo tocando su costado e impulsando el antebrazo hacia el rostro de Weitzer, con el dorso del puño hacia él. Parecía un golpe sencillo y carente de potencia…, pero el ura ken siempre engañaba: su potencia fue tal que la barbilla de Weitzer crujió; éste lanzó un chillido de dolor, retrocedió, chocó de espaldas contra la borda, y rebotó, cayendo de bruces.

El total de hombres de Melnikov que quedaban allí era de nueve, ahora. Sólo que tres eran del grupo de amigos de Lorne Short, y en un instante, quedaron claramente definidas las situaciones: tres contra seis.

De estos seis, solamente uno pudo conseguir disparar su metralleta, pero cuando ya caía hacia atrás, con la frente hundida por el impacto del potentísimo shuto, que incluso lo llevó hasta la borda, por encima de la cual pasó, para precipitarse al agua…, en

pos de las metralletas que los japoneses habían arrebatado a los otros cinco, con fortísimos tirones. Uno de los hombres gritaba loco de dolor, pues el tirón había ocasionado que con la metralleta le arrancasen dos dedos de la mano derecha…

En aquel momento, comenzaron a encenderse potentes focos por todas partes, y a oírse el ulular de unas sirenas. También en el petrolero comenzaron a encenderse más luces, y a aparecer hombres, que se detuvieron, desconcertados, estupefactos ante lo que estaban viendo: alrededor del petrolero, luces de embarcaciones pequeñas, y allí, ante ellos, un puñado de hombres enzarzados en una fantástica pelea, en la que tres de ellos, precisamente japoneses, llevaban sin discusión alguna la mejor parte…

Todavía caído de bruces, Melnikov alzó la cabeza, la sacudió y miró hacia los contendientes. Lo veía todo turbio, pese a que había ahora un intenso resplandor que parecía llegar de todas partes… Se puso de rodillas. La visión se le aclaró, y vio a los japoneses abatiendo a golpes a los otros hombres, moviéndose como si fuesen guerreros de caucho, vibrantes, veloces, flexibles y poderosos.

Lorne Short. El nombre del americano pareció resonar en la mente de Melnikov… ¡Todo aquello era obra de Lorne Short! Pero no comprendía nada, nada, nada…

—¡Cuidado con Melnikov! —Oyó el grito de aviso en japonés.

Uno de los amigos de Short se volvió hacia él, y saltó en su dirección. Un salto prodigioso, que lo llevó ante el atlético ruso. Éste sólo pudo ver el centelleo de la pierna, y notó el fortísimo impacto en el pecho, que lo empujó violentamente. Mientras el budoka caía como un gato en la cubierta tras asestar el golpe, Melnikov comenzó a manotear, intentando agarrarse a alguna parte. En vano: en un instante, el peso de su cuerpo y el impulso lo vencieron hacia atrás… y se precipitó hacia las negras aguas…, que ahora parecían doradas.

Girando, el ruso cayó desde los seis metros, con la sensación de que se hundía en un torbellino de luces y sonidos terribles. Pero, donde realmente se hundió Vitali Melnikov fue en las frías aguas para reaparecer segundos después, buscando frenéticamente aire. Un instante más tarde, vio su lancha, que había quedado atrás, al pairo. Comenzó a nadar hacia ella. No sabía bien cómo habían ocurrido las cosas, pero sí sabía que el helicóptero no lo iba a

recoger…, por la sencilla razón de que, en aquel momento, envuelto en llamas, se precipitaba hacia el agua. Todavía estalló antes de llegar a ésta, lanzando bolas de fuego hacia todos lados, que crearon una iluminación adicional realmente fantástica.

Vitali Melnikov se olvidó de todo: del piloto del helicóptero, de los hombres-rana, de las luces, de las sirenas… Toda su atención se centró en la lancha hacia la cual nadaba. Tenía que llegar. ¡Tenía que llegar a la lancha, y escapar con ella rápidamente, desaparecer de allí…!

Ya no se oían disparos. Las sirenas cesaron de silbar Por detrás de Melnikov, la formación de lanchas guardacostas japonesas seguían lanzando sus luces hacia los petroleros. Una de las veloces lanchas que tan sorpresivamente habían aparecido, se lanzó hacia la de Melnikov, cuando éste creía tener la fuga poco menos que asegurada. La lancha guardacostas pasó bastante cerca de él, describiendo un amplio arco, y acudió a su encuentro, de frente. La luz de su foco superior cazó de lleno a Melnikov, que dejó de nadar.

—¿Me oye usted, «señor» Melnikov? —Le llegó la voz de Lorne Short, potentísima en el altavoz de la lancha guardacostas—. ¡Es inútil que intente escapar; todo lo tiene perdido!

Ni siquiera un minuto más tarde, era subido a bordo de la lancha guardacostas, en cuya cubierta esperaba Lorne Short, con el rostro hinchado, la expresión fatigada. Y junto a él, el oficial nipón de la lancha, y tres de los tripulantes. El oficial japonés adelantó un paso y murmuró:

—Queda usted detenido…

—Short —jadeó Melnikov—. Short, tengo algo mejor que yo para ustedes… Puedo canjear mi vida por algo importantísimo para todos. ¡Y tiene que ser inmediatamente!

—¿Qué quiere decir?

—¡Quiero mi libertad a cambio de unos informes vitales para todos ustedes! ¿No comprende que la jugada llega mucho más allá de lo aparente? ¡Mi libertad a cambio de esos informes! Quiero que me dé su palabra de que me dejara marchar.

El oficial japonés había fruncido el ceño, y se disponía a decir algo, pero Short lo atajó con un gesto, lo llevó a un lado, y estuvo conversando con él en voz baja apenas cinco o seis segundos. El japonés asintió, y Lorne se acercó a Melnikov, lo tomó de un brazo,

y señaló hacia el interior de la lancha.

—Vamos adentro. Tiene mi palabra de que lo dejaré marchar. Pero queremos…

—¡No hay tiempo para hablar tanto! —Aulló Melnikov—. ¡En estos momentos, unos hombres-rana están colocando cargas explosivas en los petroleros! ¡Dentro de diez minutos, como máximo, esas cargas explotarán, y no quedará ni rastro de nosotros, y el infierno aparecerá en la bahía de Tokio…!

El oficial japonés había quedado lívido, desencajado el rostro. De pronto, se volvió, y comenzó a gritar órdenes mientras se abalanzaba hacia la cabina de mandos, donde estaba la radio. Lorne Short, no menos pálido que el japonés, insistió en señalar hacia el interior de la lancha.

—Vamos adentro —dijo con voz tensa—. Si algo se puede hacer, el teniente Magayami lo hará. De todos modos, si prefiere saltar al agua para marcharse por sus propios medios, hágalo: le he dado mi palabra, a pesar de todo.

Melnikov decidió, con inteligente criterio, que si había una posibilidad de escapar de allí rápidamente era precisamente a bordo de la lancha guardacostas, así que siguió a Lorne hacia el interior de la lancha. Una vez dentro, pudo ver mejor aún las facciones del norteamericano, deformadas por los golpes, hinchadas, señaladas por el bastón…

Pero allí estaba Lorne Short. Demasiado tarde, Melnikov se dijo que debía haber concedido más significado al hecho de que Jisuo no contestase a su llamada telefónica.

—Es usted un hombre de suerte —sonrió torcidamente el ruso. ¿Cómo consiguió escapar? Mejor dicho: ¿cómo consiguió escapar antes de lo previsto?

—¿Antes de lo previsto?

—No me he expresado demasiado bien —encogió los hombros Melnikov—: usted no tenía que escapar, pero ella sí.

—¿Ruth? —Palideció Lorne.

—Sí. Mis hombres tenían instrucciones de que cuando apareciese el incendio en la bahía, actuasen de modo que usted pudiese atacarles. A usted le habrían matado, pero habrían dejado que Ruth escapase, simulando que no habían podido retenerla.

—¿Quiere decir… que Ruth y usted… lo habían preparado así?

—Claro que no —gruñó el ruso—. Se trataba de que alguien pudiese acudir a las autoridades japonesas para explicarles cómo y por qué estaba ardiendo la bahía de Tokio. Y ese alguien, desde el primer momento era Ruth Saville. La elegí yo mismo, pensando que podría al mismo tiempo, pasar unos días agradables…

—No acabo de entenderle —murmuró Lorne.

—Todo debía hacerse de modo que cuando, finalmente, la bahía estuviese ardiendo, alguien informase a las autoridades japonesas de que ello se debía al sabotaje de un agente secreto ruso llamado Vitali Melnikov, como represalia por el asunto del teniente Viktor Ivanovich Belenko, el que escapó de Rusia con el «
Mig-15
».

—Sí, sí, ya recuerdo eso. Pero ¿no es cierto que usted dijo que era una represalia suya y no de la URSS?

—Sí. Pero Ruth Saville lo habría dicho así, pues, aunque usted no hubiese intervenido, yo la habría informado, simulando que confiaba tantísimo en ella porque me había enamorado… Bueno, esas cosas. Yo sé que ella, después de saber esto, habría intentado evitarlo, pero la habría retenido en mi casa…, hasta que llegase el momento oportuno. Entonces, ella, habría «escapado», y las autoridades japonesas habrían sido informadas de que lo sucedido era obra del servicio secreto soviético.

—Pero no es así.

—No. Yo soy un simple aventurero contratado por un auténtico agente secreto de otra potencia, que, aprovechando el asunto del teniente Belenko, quiso cumplir un objetivo doble. Primero: enfrentar muy seriamente a Rusia y a Japón, pues claro está, el asunto de los petroleros habría sido muchísimo más grave que lo del «
Mig-15
». Lo mínimo que se podía esperar era que Rusia fuese acusada de asesinato múltiple, agresión, sabotaje… ¡Tantas cosas! Con esto, Rusia iba a quedar muy desprestigiada, y tan preocupada, que dejaría de presionar en la política interior de esa potencia durante una buena temporada. Segundo: venganza personal del agente secreto contra los japoneses.

—Venganza…, ¿de qué? ¿Por qué?

—Por cosas que sucedieron hace casi cuarenta años, cuando Japón invadió China. Desde entonces, ese agente secreto no ha dejado de odiar a los japoneses.

—Estamos hablando de su amigo, el viejo Ling Shao, supongo.

—Sí. Lleva muchos años trabajando para el servicio secreto de esa potencia en Japón, perjudicándoles en todo lo que ha podido, cometiendo asesinatos que jamás han sido descubiertos. Pero éste había de ser su gran golpe, con doble objetivo, como ya le he dicho.

—¿Estás diciéndome que Ling Shao es capaz de seguir odiando después de cuarenta años?

—Por supuesto.

—¡Santo Dios…! Pero aun así no comprendo que se haya planeado una acción semejante.

—No, no… Esa potencia no sabe nada de esto. Iba a ser el último servicio de Ling Shao, pero no con el conocimiento y mucho menos el consentimiento de sus jefes, que nada tienen que ver. Todo ha sido cosa personal de Ling Shao Chiu…, para el cual he estado trabajando yo, no él para mí. ¿Lo comprende, ahora?

—Sí. —Lorne se pasó la lengua por los labios, notando hinchado y partido el inferior—. Sí, lo comprendo. Y lo siento por ese viejo chino. Todo eso significa que durante cuarenta años ha estado sufriendo.

—Odiando, querrá usted decir.

—¿Acaso no es lo mismo odiar que sufrir?

Vitali Melnikov parpadeó.

—Tiene usted un peculiar punto de vista —musitó.

Lorne fue a hablar. En aquel instante, lejanas, se oyeron ráfagas de ametralladora, espaciadas primero, muy seguidas después. Desde la cubierta de la lancha llegaron voces. Estaban navegando a toda velocidad.

—Sería inútil que le hablase a usted del agua dormida, supongo, Melnikov. Mucho me temo que no lo entendería… Para mí, es horrible que un solo hombre haya actuado de modo que se enfrentasen dos países. ¡Y ni siquiera lo hacía para beneficiar en algo al suyo propio, sino impulsado básicamente por el odio! Un solo hombre podía haber causado grandes perjuicios a las potencias afectadas. ¿Usted cree que esto es razonable? ¡Santo Dios!, ¿cómo pudo usted prestarse a colaborar en una cosa así?

—Por dinero, es obvio —gruño Melnikov.

—El dinero…

¡BOUUUUMMMMM…! El tremendo estampido presionó con fuerza en sus oídos; por todos lados apareció una luz roja, y hacia el cielo se alzó una gran columna de agua y blanquísima espuma que tomó un bellísimo tono rojo. La lancha pareció saltar, y los dos hombres fueron lanzados contra el casco, a estribor, rebotando con fuerza. Lorne Short, ya muy dolorido, menoscabado físicamente, quedó tendido en el piso, semiaturdido. Melnikov se puso en pie inmediatamente, mirando como enloquecido a todos lados. La lancha se movía en un balanceo terrible.

El ruso se lanzó hacia cubierta. Cuando apareció allí, la enorme ola llegaba a la lancha. En un instante, Melnikov comprendió lo que había sucedido: los japoneses habían cazado por lo menos a uno de los hombres-rana adictos de Ling Shao, a ráfagas de metralleta, que habían alcanzado la carga…

La ola llegó, y la lancha guardacostas fue alzada como si fuese un mondadientes, para caer acto seguido con fuerte crujido. Alrededor, también otras lanchas estaban bajo los efectos de la enorme ola alzada por la explosión. Pero, algo más lejos, los dos petroleros seguían indemnes.

Por la cubierta de la lancha, algunos hombres de la dotación habían rodado, intentando agarrarse a algo, desesperadamente. El oficial, como envuelto en espuma, llegó ante los pies de Vitali Melnikov, que tras un instante de desconcierto, se inclinó rápidamente, aturdió al nipón con un puñetazo en la barbilla, y le quitó rápidamente la pistola.

Acto seguido se irguió, rápidamente, brillantes los ojos, aullando con todo su odio:

—¡Short, ahora le voy a mat…!

La mano izquierda de Lorne Short apareció. Dura y pesada como el hierro, capaz de demoler cualquier cosa. Melnikov aún tuvo tiempo de ver algo. Vislumbró el rostro del hombre al que había terminado por odiar intensamente; vislumbró el brillo de sus ojos, la mano grande, poderosa, por encima de su cabeza. En velocísima reacción tras la sorpresa de ver allí a Short, Melnikov comenzó a mover la mano que empuñaba la pistola.

¡Crash!, cayó la mano de Lorne Short sobre la frente de

Melnikov, hundiéndola como si aquella dura cabeza humana fuese un simple melón.

CAPÍTULO XI

Estaba amaneciendo ya sobre el huerto casi putrefacto, pero en el cielo no se reflejaba el resplandor del incendio en la bahía de Tokio. Sentado en el centro del huerto, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, Ling Shao Chiu permanecía inmóvil, con la mirada fija en el punto donde debía aparecer aquel rojo resplandor que significaría la plenitud de su venganza. Y en segundo término, aunque nadie fuese a agradecérselo nunca, por la sencilla razón de que él no lo diría, su postrer servicio. Un servicio que no le habían pedido, pero que él había querido otorgar.

Sin embargo, estaba saliendo el sol, y el incendio no se había reflejado en el cielo. Algo había ocurrido que había estropeado los planes tan cuidadosamente elaborados en todos sus puntos. Y puestos a pensar en dificultades, Ling Shao pensó que quizá el piloto del helicóptero ni siquiera había podido matar a Melnikov, tal como le había ordenado.

Algo había salido mal, sí. Lo cual, significaba que tarde o temprano, sobre todo si Melnikov no había muerto, alguien se presentaría allí, a pedirle cuentas a él por lo que había intentado… y por lo mucho malo que ya había hecho en Japón después de tantos años.

Sólo que a él, a Ling Shao Chiu, no lo capturarían nunca vivo los japoneses. ¡Nunca!

Lentamente, el viejo chino sacó el cuchillo que había tenido oculto bajo las ropas. Era un frío amanecer. Casi tan frío como el acero del cuchillo con el que ya Ling Shao pensaba poner término a su vida. Era demasiado viejo para esperar otra oportunidad como aquélla de perjudicar con tal magnitud a los japoneses Y demasiado joven para permitir que lo capturasen con vida No, eso nunca… ¡Nunca, jamás!

Comenzaba a salir el sol, pero hacía un frío intenso. Un frío que

había calado ya hasta los huesos de Ling Shao Chiu, que llevaba allí varias horas, esperando, esperando, esperando… Ya no había nada que esperar.

La roja luz del sol destelló en la brillante hoja cuando Ling Shao alzó el cuchillo…

—¿Eso es valor o cobardía, Ling Shao?

El viejo chino no se alteró en absoluto; pareció que ni siquiera hubiese oído, tal fue su serenidad. Simplemente, miró hacia donde acababa de aparecer Lorne Short, como flotando en la neblina del amanecer. Lo estuvo mirando mientras el norteamericano caminaba hacia él, pisando el sucio y baldío huerto. El chino se dio cuenta de que el yanqui cojeaba, y una leve sonrisa apareció en sus delgadísimos labios.

—¿Ha tenido algún accidente, señor Short?

—Varios. Pero supongo que mi presencia aquí es reveladora para usted.

—No sé… No demasiado.

—Voy a procurar ser breve: Melnikov me lo dijo todo, antes de morir: de sus cuatro hombres-rana, tres fueron acribillados a balazos cuando se negaron a entregarse y el cuarto explotó con su carga, pues todavía no la había colocado; las otras tres cargas ya estaban colocadas, pero fueron retiradas inmediatamente por hombres-rana japoneses; le diré que ni siquiera consiguió Melnikov ser dueño de los petroleros ni por un segundo, ya que, previniendo cualquier dificultad por mi parte, coloqué entre sus hombres a siete budokas, que controlaron a los demás hombres de Melnikov digamos… fácilmente. Solamente tenemos dos heridos. ¿Algo más?

—Puedo comprender perfectamente todo, gracias.

—No se merecen. ¿Necesita ayuda?

—¿Para morir? No. gracias, puedo hacerlo solo.

—Dudo mucho que se atreva —movió la cabeza Lorne Short—. La gente como usted, no tiene valor para hacer esta clase de cosas.

—¿Cree que no soy capaz de suicidarme?

—No. Todos sus actos han sido propios de cobardes. Y dicen que para suicidarse hace falta mucho valor. Usted no lo tiene. No tiene valor para matarse, ni ha tenido valor para vivir en paz… cuando pudo haberlo hecho. Entonces, Ling Shao: ¿de qué le sirve a usted la vida o la muerte?

—Quizá tenga usted razón —reflexionó el anciano—. La muerte, ciertamente, no habría de servirme para nada. La vida… ¿Quién sabe? Quizá, si vivo más años, podré encontrar otro modo de saciar mi odio contra Japón. ¿Todavía no quiere decirme a qué escuela pertenece usted, señor Short?

—Ya le dije que a la Shotokan.

—¡Oh, lo que yo preguntaba era el nombre de su maestro…!

Lorne Short movió negativamente la cabeza.

—No le importa a usted.

—Quizá tenga razón. Pero me habría gustado saberlo antes de que usted muriese. Una muerte que está muy próxima, señor Short.

—¿Mi muerte está próxima?

Ling Shao Chiu señaló hacia detrás de Lorne, por encima del hombro de éste, que se volvió. Detrás de él, a unos doce o catorce metros, estaban las cuatro muchachas que la tarde anterior viera con andrajos, o poco menos. Ahora, parecían otras… Llevaban solamente unos diminutos pantaloncitos de color amarillo, los cabellos sueltos. Estaban bellísimas, pese al frío, que erizaba su vello y tensaba sus carnes. Cada una de ellas empuñaba una katana, el temible sable japonés, arma preferida por los samurái, símbolo de su propia existencia.

Lorne volvió de nuevo la cabeza hacia el anciano.

—¿Me va a obligar a golpear a unas chicas, Ling Shao?

—Mucho me temo que no va a tener más remedio, si quiere salir con vida de esta situación, señor Short.

El americano asintió con la cabeza, y se puso en pie, cansadamente, volviéndose hacia las cuatro japonesitas. No valía la pena pedir ni dar explicaciones, porque ellas no le atenderían. Debían saber muy bien todo lo que Ling Shao había estado haciendo, lo que había pretendido hacer, pero a ellas solamente debía importarles el dinero que cobraban de él. Igual que a los mercenarios que sus amigos habían golpeado en los petroleros. Igual que Vitali Melnikov.

Lorne Short se sentía cansado, agotado, pero quería seguir viviendo, así que aspiró profundamente, cerró los ojos, y adoptó kamae.

Cuando abrió los ojos, las cuatro muchachas de menudos pechos vibrantes estaban a tres metros de él, esperando.

—No lo matéis rápidamente —dijo Ling Shao—. Quiero que le quede vida suficiente para que me diga quién es su maestro, para que vayáis luego a matarlo, también.

Lome notó que la vista se le nublaba en rojo. ¿Matar al Maestro? ¿Matar a SU MAESTRO?

Un instante más tarde, estaba en el aire.

—¡Koíiiiiii…! —Brotó poderosamente su «kiai».

Para el viejo Ling Shao Chiu, aquello fue alucinante.

Aún estaba Lorne en el aire, aún sonaba el restallido de sus dos piernas al golpear, cuando dos de las sorprendidas, sobresaltadísimas muchachas caían hacia atrás, una de ellas con el pecho izquierdo y la clavícula de ese lado convertidas en papilla, notando tan intenso dolor que apenas tocar el suelo perdió el conocimiento. La otra recibió el golpe en el vientre, y pareció que toda ella fuese a estallar, tal fue la expresión de su rostro, que se desencajó, pareció hincharse mientras sus ojos se proyectaban espantosamente hacia fuera.

Fsss, cayó con blando sonido el karateka sobre la tierra del huerto, ya en posición ko kutsu dachi, la guardia con una pierna más adelantada que la otra.

¿Matar a su Maestro?

—¡Koíiiiii…!

Estaba de nuevo en el aire cuando las dos muchachas que quedaban en pie reaccionaron, alzando sus katana, dispuestas a lanzar el mandoble que podía partir en dos al karateka. Pero éste captó el momento de peligro, giró en el aire, cayó ante ellas dándoles la espalda, y lanzó un ushiro gen, la patada hacia atrás, contra una de las muchachas. Ésta recibió el impacto en un costado, pero, al mismo tiempo, su sable describía ya un veloz semicírculo, que terminó en el costado derecho de Lorne Short. Éste emitió un gemido, se llevó ambas manos allí, y cayó de bruces.

Las dos muchachas lanzaron un grito de alegría, y saltaron hacia él, lanzando de nuevo sus sables…

Así estaban cuando Lorne giró colocándose de costado, y alzó su pierna derecha, incrustando el pie en bajo vientre de la misma que antes había recibido el golpe en el costado. La muchacha quedó lívida, retrocedió, cayó sentada, y luego de espaldas…

¡Sssss…!, silbó la otra katana, descendiendo hacia la cabeza de

Lorne Short.

Pasó a menos de medio centímetro, arrancando cabellos, y rechinó contra el suelo, arrancando diminutas piedras, tierra suelta, polvo… La mano izquierda de Lorne Short, como una garra, fue hacia la hoja del sable, y la asió, fuertemente, dando un tirón hacia abajo. La japonesita debió soltar la katana, pero no lo hizo, de modo que fue atraída sobre Lorne, que la recibió con un empi ate en pleno plexo solar. La muchacha exhalo un suspiro fortísimo cuando el codo de Short se hundió entre sus senos, sus ojos giraron, y rodo por encima del americano, para caer al otro lado y quedar tendida de bruces.

Sujetando la katana con la ensangrentada mano, Lorne Short se puso en pie, y su mirada, dura y fría, fue hacia Ling Shao Chiu, que permanecía inmóvil. Los dos sabían perfectamente que si en lugar de haberse enfrentado a mujeres. Lorne se hubiese enfrentado a hombres ahora estaría convertido en pedazos. Pero lo cierto era que no estaba convertido en pedazos, sino vivo, mirando al viejo chino con una expresión que éste captó en seguida. Había cometido la mayor imprudencia de su vida: amenazar de muerte al Maestro de un budoka.

Ling Shao Chiu se puso en pie, y, empuñando fuertemente el cuchillo, se lanzó contra Lorne Short.

Éste, simplemente, esperó, y en el momento oportuno, tras haber empuñado bien el sable, adelantó la mano, en sentido horizontal.

Por el dorso de Ling Shao Chiu apareció la hoja de la katana, salpicando gotas de sangre a todos lados.

CAPÍTULO XII

Finalmente, Dick Merritt consiguió reaccionar. Su rostro adoptó, entonces, una expresión entre furiosa y desconfiada.

—Bueno, ya está bien de tomarme el pelo, Lorne…

—¿Tomarte el pelo? —Alzó las cejas el karateka—. ¿Quieres decir que crees que todo lo que te he contado es una fantasía mía?

—Hombre, claro que sí.

—Eres todo un tipo listo, ¿eh? —Refunfuñó Lorne—. Si todo es fantasía, dime: ¿qué hago en esta clínica, vendado por todas partes, hecho papilla; tan fastidiado, que hasta te has decidido a venir a Tokio a verme, dejando el negocio en manos ajenas? ¿Puedes decirme que hago aquí y en estas condiciones?

—Hombre… ¡Y yo que sé! Todo puede ser el mismo truco. ¿Cómo demonios quieres que me crea que te cargaste a cuatro chicas preciosas?

—No me «cargué» a cuatro chicas. A ésas sólo las aturdí a golpes. Luego, avisé a la policía, y ellos se hicieron cargo de todo. Y ahora, si todo va bien, dentro de un par de días saldré de aquí, completamente restablecido, y podré volver a mi trabajo.

—Hombre, hablando de eso: ¿recuerdas al hideputa de Fitzsimmons?

—Claro.

—Pues nos ha devuelto el dinero. Los trescientos mil.

—¿Qué me dices?

—Bueno, no en efectivo, ¿comprendes? Simplemente, nos ha propuesto un negocio, con canjes y toda una serie de puñetas que nos compensará sobradamente. Aún saldremos ganando unos pocos miles de dólares. Además, quiere hablar contigo.

—¿Qué te parece? —Sonrió Lorne.

—Al demonio todos… Bueno, en fin, ya seguiremos hablando de negocios cuando se te pase el cabreo…

—¿Qué cabreo?

—Hombre, Lorne… Con todo lo que te han estado haciendo esta gente por aquí, imagino que debes haber pillado un mosqueo de narices, ¿no?

—Imaginas mal.

—¿No te has enfadado?

—No. Cuando vine aquí, sabía que no se trataba de nada fácil, de modo que vine preparado, dispuesto a mantener el mizu no kokoro centra viento y marea. Todo ha terminado. Nada ha pasado. La vida sigue igual, ha seguido igual en todo momento. Yo no me enfado nunca, Dick.

—Bueno…

—¿Qué ocurre?

—Verás lo que pasó… ¿Recuerdas a Margie?

—¿Cuál Margie?

—Tu secretaria.

Lorne quedó pasmado un instante.

—¿Que si recuerdo a mi secretaria? ¡Hombre, Dick, ésa es una pregunta idiota!

—Sí ¡Je, je…! Tienes razón. Bueno, es que… Verás lo que pasó: cuando tú te marchaste, yo comprendí que había sido… un poco bestia con la chica, así que fui a disculparme en serio, le di toda clase de explicaciones, y la… invité a cenar. Sí, a cenar… ¡Sólo a cenar…!

—Sigue —chispearon de risa los ojos de Lorne.

—Pues… Eso es, fuimos a cenar juntos. El caso es que… me dije: ¡jolines, cómo está la secretaria del chiflado ése! O sea, que me gustó un horror.

—Te alabo el gusto.

—Sí… ¡Je, je…! Bueno… Verás lo que pasa, Lorne… La chica está colada por ti, o al menos, lo está por ahora. En fin… Que he venido a pedirte que te vayas a la porra, hombre.

—¿Qué quiere decir eso? —Frunció el ceño Lorne.

—Pues que no aparezcas por allí en una temporada. ¿Qué tal unas hermosas vacaciones por cuenta de la sociedad? Verás lo que he pensado: tú te vas de vacaciones, o te quedas aquí, bien lejos de casa, y empiezas a enviar postales, diciendo que lo estás pasando bomba, que esto está lleno de tías buenas… ¿Comprendes? Y hasta

podrías soltar alguna mentirijilla, diciendo que hay una que te gusta de modo especial… ¿Vas comprendiendo?

—O sea, que voy a echar a la pobre Margie en tus brazos.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Je, je…! ¿Qué te parece?

—Me parece que Margie no se merece eso, francamente. Además, si está colada por mí…

—¡Muchacho, tú no conoces a las mujeres! Margie está colada por ti, pero en cuanto sepa que te vas a casar con otra, se volverá loca por mí, te lo aseguro.

—¿Yo me voy a casar con otra?

—Hombre… Es un decir… ¿Qué te costaría poner eso en una postal y enviármela al despacho? ¿Eh? ¿Qué te costaría?

—A ver si lo entiendo —deslizó Lorne—: tres meses de vacaciones a cuenta de la sociedad por escribir una tarjeta postal diciendo que me voy a casar. ¿Es eso?

—Sí… ¡Jolines, sí!

—Trato hecho.

—¿De veras? —Saltó Merritt de la silla que estaba ocupando en el cuarto de la clínica—. ¿Vas a hacer eso por mí, Lorne?

—Ya sabes que eres mi mejor amigo, Dick. Y si estas cosas no se hacen por los amigos…, ¿por quién se podrían hacer?

ÉSTE ES EL FINAL

Sensei terminó su paseo por el jardín, y regresó a donde Lorne Short le esperaba, sentado en el porche, con las piernas cruzadas. Ni siquiera le dio tiempo a iniciar el gesto de ponerse en pie, atajándole con un gesto y sentándose frente a él.

Le tendió el pequeño ramito de flores que había ido cortando, y dijo:

El hombre tiene en la vida todos los elementos para ser feliz, Lorne. Y es de necios aferrarse a ideas ajenas cuando, precisamente, esas ideas sólo sirven para privamos de la felicidad, o simplemente, enturbiarla. Estas flores son para ella. Y exprésale mis mejores deseos de salud y felicidad a Noriko «Okasan».

—Así lo haré. Entonces, Maestro…, ¿aprueba mi decisión?

El viejo Maestro sonrió de nuevo. Estuvo unos segundos mirando el cielo, el sol, las flores, el agua cristalina, los bambúes. Pero, en realidad, la mirada de aquel hombre indicaba que sabía mirar a muchísima más profundidad, en las cosas y en las personas.

—Toda decisión que contenga auténtico amor es buena, Lorne. Te deseo felicidad y larga vida para disfrutarla.

Lorne se colocó de rodillas, dejó el ramito de flores a un lado, y se inclinó en zarei, saludo al que el Maestro correspondió cortés y humildemente del mismo modo, casi tocando las pulidas tablas del porche con su frente.

—*Sensei* —murmuró Lorne Short—. *Sensei*

Acto seguido, recogió el ramito de flores, se puso en pie y, sin más, abandonó el jardín. Segundos después tras haber guardado su tablilla en el armario dedicado a tal fin, Lorne Short abandonaba la casa del Maestro.

* * *

En la penumbra de la sala privada de baños, oyó las pisadas, y los leves rumores.

—¿Eres tú, Okayi? —preguntó.

No obtuvo respuesta. Se acercó al borde de la pequeña alberca, y su corazón dio un vuelco cuando vio a Lorne Short, sentado allí, quitándose los zapatos.

—Lorne —suspiró.

Lorne Short se quitó la ropa, tomó el ramito de flores, y se introdujo en la alberca. El agua estaba tibia. Tibia y tierna, amable… Como los labios de Ruth Saville cuando los besó, despacio, largamente, eternamente.

Por fin, ella apartó la boca, y suspiró profundamente.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien. Quería preguntarte lo mismo.

—Estoy estupendamente… Noriko «Okasan» me ha cuidado como si fuese su hija. Más aún… Nunca he estado mejor, Lorne.

—Lo celebro, porque estaba muy preocupado. Al parecer, hay quien cree que estás muerta, y eso me tenía muy inquieto.

En la penumbra, Ruth vio el brillo de los ojos de él.

—Me parece que hay algo que te divierte, Lorne.

—¿Qué es?

—Bueno, es sobre Dick Merritt, mi socio… Me parece que entendió que habías muerto. O quizá yo no supe explicarle bien que lo primero que hice fue llevarte, es decir traerte a casa de Noriko «Okasan» y luego acudir a la policía. Total, que Dick está hecho un lío… ¡y me ha dicho que me tome tres meses de vacaciones con tal de que le envíe una postal diciéndole que me caso, o algo así!

—¿Y qué has dicho tú?

—Caramba, ¿qué podía decir? ¡He aceptado!

—Es decir, que piensas casarte… o algo así. ¿De dónde has sacado estas florecillas?

—*Sensei* las envía para ti.

—¡Dios mío…! —Gimió Ruth—. ¿Quieres decir que él aprueba que… que tú y yo…?

—Lo aprobase o no, *Sensei* nunca se opondría a mis deseos. De todos modos, tal como yo esperaba, me comprendió.

—¿Qué… qué dijo…?

—Dijo que toda decisión que contenga amor es buena. Y una vez

más, tengo que estar de acuerdo con mi Maestro. ¿Y tú?

Ruth Saville se colgó del cuello de Lorne Short, de modo que las florecillas del jardín del Maestro quedaron en la nuca del budoka.

—Lorne Short: espero que me enseñes a mantener el espíritu tranquilo como las aguas dormidas…, pero no esperes conseguir lo mismo con mi cuerpo. Mucho me temo, mi amor, que acabas de caer en un volcán que jamás se extinguirá…

—Menos mal que ahora estoy rodeado de agua —sonrió Lorne Short—, y no puedo quemarme… todavía.

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…